

NOTICIAS ANTROPOLÓGICAS Y GEOGRÁFICAS
SOBRE EL SUROESTE Y LA GRAN CHICHIMECA:
LAS EXPEDICIONES ESPAÑOLAS ANTERIORES A LA
CONQUISTA DE NUEVO MÉXICO

JESÚS M.^a PORRO GUTIÉRREZ

INTRODUCCIÓN

Nuestro objetivo en este trabajo es plantear el interés de los españoles por explorar las lejanas tierras septentrionales —pocos años después de terminada la conquista del mundo azteca—, sobre cuya situación y vagas noticias se plantearon no pocos esfuerzos, que provocaron el desbordamiento de afanes y entusiasmos, así como el nacimiento de mitos o la recuperación de otros medievales coexistentes con realidades más pragmáticas, como el deseo de hallar el ansiado paso que comunicara ambas vertientes de las nuevas tierras descubiertas. Las primeras experiencias españolas en el amplio territorio hoy denominado Suroeste (alusión geográfico-cultural a una zona de la Norteamérica indígena) y en la Gran Chichimeca, permitieron conocer algunos datos interesantes sobre la geografía, orografía y especialmente las comunidades indias que habitaban el lejano Septentrión: ante los asombrados ojos de los españoles aparecieron diversos grupos de los indígenas que ellos denominaron pueblos, así como bandas dispersas de nómadas apaches y comanches, con sus diferentes modos de vida y niveles culturales. Veremos las descripciones humanas y orográficas que nos dejaron algunos participantes en aquellas expediciones, y puntualizaremos varias cuestiones acerca de los mencionados indios, el territorio y las direcciones que siguieron los españoles en sus exploraciones.

Comencemos con una breve exposición general de las tierras situadas al norte de los dominios aztecas, varios años después de la empresa cortesiana. Una vez finalizada la conquista del altiplano central, se planteó el

objetivo de descubrir los territorios situados al norte y organizar su ocupación, actuando desde la base de la Nueva Galicia. Se trataba, ante todo, de encontrar el ansiado paso por el Septentrión, que permitiera comunicar el Pacífico y el Atlántico; pero, también influyó el deseo de encontrar otras civilizaciones fabulosas, sustentadas por enormes riquezas y rodeadas —en la mente de los españoles— por una aureola de mitos que, indudablemente, debieron sugestionar profundamente a no pocos individuos ávidos de aventuras y ansiosos por hacer fortuna.

El primer hombre que soñó con dominar un nuevo Tenochtitlan fue el polémico y ambicioso gobernador del Pánuco, Nuño Beltrán de Guzmán. Su inhumana expedición de conquista en tierras de lo que llegó a ser la Nueva Galicia tuvo, empero, algunas consecuencias positivas, como la fundación de varias ciudades y el intento de enlazar la nueva provincia con la gobernación del Pánuco; en aquella empresa ya se distinguieron Diego de Ibarra —tío de Francisco, conocido posteriormente como impulsor de la expansión en Nueva Vizcaya— y Cristóbal de Oñate —padre de Juan, el futuro conquistador de Nuevo México—, ligados a la fundación y los primeros años de la villa de Zacatecas.

LAS PRIMERAS NOTICIAS SOBRE LAS LEJANAS TIERRAS NORTEÑAS

A) El asombroso viaje de Alvar Núñez

La imaginación de los hombres de Guzmán se vio excitada por la difusión de los relatos sobre las siete ciudades de oro, por parte de Tejo, un esclavo nativo de D. Nuño, cuyo padre —natural de Oxitipar— había comerciado con artículos plumarios en algunos poblados de la Gran Chichimeca. La sorprendente aparición de Alvar Núñez y sus compañeros en Sinaloa, procedentes del norte, como únicos supervivientes de la expedición preparada y dirigida por Pánfilo de Narváez, y el relato de sus aventuras, inflamó la de por sí notable sugestión de los españoles, quienes dispusieron así de las primeras noticias directas sobre los indígenas de Norteamérica.

Durante su larguísimo recorrido Alvar Núñez y los suyos supieron de algunas tribus indias y entraron en contacto con otras: los seminolas, alabamas y otras del grupo muskogi, los caddos de las llanuras, la facción más meridional de la amplia familia de los shoshones: los comanches y el grupo más sureño de los atapascos: los apaches. En aquel tiempo eran

1. Sobre el particular vid. los ya clásicos estudios de José LOPEZ PORTILLO: *La conquista de la Nueva Galicia y La rebelión de Nueva Galicia*. México. 1935 y 1939; también Manuel CARRERA STAMPA: *Nuño de Guzmán*. México. 1955.

nómadas que vivían en plena etapa neolítica, practicando la caza y la recolección: en su crónica, refiriéndose a la parte oriental de Texas y el río Colorado, alude Alvar a la presencia de calabazas y «mantas de vacas» (cueros de bisonte), mencionando también las tunas y los piñones como alimentos principales ². Tras llegar al suroeste de la citada Texas, según Di Peso, Cabeza de Vaca seguiría la cuenca del río Conchos, entrando así en contacto con los indios descendientes de la cultura de Casas Grandes ³, pero es lógico suponer —como expone Ferrando— que llegara al río Pecos, tras cruzar la Meseta Edwards, y atraído por las noticias de los pueblo se dirigiera hacia el noroeste ⁴. El propio Alvar Núñez señalaba (en su relato) que envió en descubierta a Castillo y Estebanico, los cuales informaron, al volver, que habían hallado casas de gente y asiento, que comían fríjoles, calabazas y maíz⁵. Al parecer, se encontraban en el límite oriental del complejo cultural correspondiente a la Gran Chichimeca, justo donde comenzaba el área de agricultura intensiva; allí los obsequiaron con cueros de bisontes los naturales, que eran «de mayor viveza y habilidad» que los anteriores ⁶. Unas jornadas más tarde entraron en contacto con la facción más oriental de los indios pueblo: los tanos y queres de la cuenca del Río Grande⁷. Ahí, la descripción de Cabeza de Vaca se vuelve más prolija, acusando un mayor detallismo respecto a los indígenas, quienes «dábannos... muchas turquesas muy buenas... que las traían de unas sierras muy altas que están hacia el Norte, y las compran a trueco de penachos y plumas de papagayos»; el dato es sumamente interesante, pues sabemos que durante el llamado Período Temprano de la Intrusión Postclásica, en la Gran Chichimeca se desarrolló un floreciente comercio, destacando el tráfico de turquesas, especialmente valoradas como artículo de exportación. Pese a la recesión comercial experimentada en la Gran Chichimeca durante el Postclásico Esporádico Tardío, se mantuvo la compraventa de turquesas, resaltando la explotación de los yacimientos del distrito de Cerrillos por parte de los pueblo del este de Nuevo México ⁸; en la exposición de Alvar hay también una velada alusión al sistema ma-

2. Vid. Alvar NUÑEZ CABEZA DE VACA: *Naufragios*. Ed. de Crónicas de América de H.. 16; intr. de Roberto FERRANDO. Vol. n.º 3. Madrid. 1.984; cap. XXIX, pp. 114 y 115.

3. Vid. Charles DI PESO: *Las sociedades no nucleares de Norteamérica: La Gran Chichimeca*. Vol. n.º 7 de la H.. General de América del IPGH. Caracas. 1.983; p. 155.

4. Vid. *Naufragios* [2], intr. p. 27; en la crónica, cap. XXX, pp. 118-119, señala Alvar que dijeron a los indios «que queríamos ir a la puesta del sol, y ellos respondiéronnos que por allí estaba la gente muy lejos... Dijimosles que nos llevasen hacia el Norte» y en la p. 122, dice: dijéronnos que el camino era por aquel río arriba hacia el Norte».

5. Vid. *Naufragios* [2], p. 120.

6. *Naufragios* [2], p. 121.

7. Alvar insiste en la descripción anterior, si bien apreciamos un nivel de desarrollo más elevado: «hallamos casa de asiento, adonde había mucho maíz allegado, y de ello y de su harina nos dieron mucha cantidad, y de calabazas y frísoles y mantas de algodón». Vid. *Naufragios* [2], p. 123.

8. Vid. DI PESO [3], pp. 132-135.

triarcal de aquellas comunidades indígenas, al decir «vimos las mujeres más honestamente tratadas que a ninguna parte de Indias que hobiésemos visto», seguida de una descripción del vestuario femenino: «Traen unas camisas de algodón, que llegan hasta las rodillas, y unas medias mangas encima dellas, de unas faldillas de cuero de venado sin pelo, que tocan en el suelo... son abiertas por delante y cerradas con unas correas; andan calzados con zapatos»⁹. Si bien los españoles no llegaron a Cibola, tuvieron las primeras noticias del posteriormente famoso complejo urbano (las Siete Ciudades), aspecto que recogió en su crónica Alvar¹⁰. Continuando su periplo hacia el Oeste, los expedicionarios debieron atravesar la zona meridional de los pueblos, al sur del área cultural Zuñi —en el límite entre Nuevo México y Arizona— y rebasando apenas la margen septentrional del río Gila, para dirigirse posteriormente hacia el Sur, a través de Sonora, y conectar, por fin, con compatriotas suyos en Sinaloa. Cuando fueron llevados a la capital del virreinato, la relación de su periplo impresionó sobremanera al virrey Mendoza y a Cortés; consecuentemente, las noticias proporcionadas por Alvar Núñez prepararon el camino —por la favorable predisposición que provocaron— para futuras expediciones hacia los sugestivos territorios nortños.

B) El reconocimiento de Fray Marcos

En la sede virreinal, la difusión del relato de la extraordinaria aventura de Cabeza de Vaca motivó el interés de D. Antonio de Mendoza por las lejanas tierras del Norte, decidiendo organizar una expedición, cuyo mando confió a fray Marcos, un religioso franciscano que gozaba de autoridad moral y prestigio como cosmógrafo¹¹. Evidentemente, con ese nombramiento pretendía el Virrey disponer del asesoramiento de un hombre familiarizado con la cartografía, que además pudiera evitar posibles abusos en el trato con los naturales, si bien entre sus acompañantes no había peligro en ese sentido, pues ellos eran Estebanico —el antiguo compañero de Alvar Núñez en calidad de guía—, fray Honorato —otro

9. Vid. *Naufragios* [2], p. 124.

10. «Y decían que había allí [al norte] pueblos de mucha gente y casas muy grandes». Vid. *Naufragios* [2], p. 124.

11. Fray Jerónimo de MENDIETA: *H.º Eclesiástica Indiana*. Ed. de la B.A.E. Vol. CCLXI; tomo II. Madrid. 1.973; libro IV, cap. XI, p. 32, elogia a fray Marcos como hombre docto y religioso; dice que era provincial en México, y en el cap. XLV, p. 193, expone que estuvo en La Española y el Perú, de donde pasó a Nueva España, pues «por sus letras, religión y buenas partes fue elegido en tercero ministro provincial». En la *Colección de Documentos Inéditos relativos al Descubrimiento, Conquista y Organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía* (en lo sucesivo *CoDoIn América*); 1.ª Serie, tomo III. Madrid. 1.865; pp. 328-329, hay un documento sobre el descubrimiento de las Siete Ciudades, con una alusión de fray Antonio de Ciudad Rodrigo, provincial de la orden de Menores en Nueva España, a fray Marcos, al que envió «por ser docto, no solamente en la teología, pero aún en la cosmografía, en el arte de la mar».

franciscano—, algunos indios del distrito de Nueva Galicia y otros que, habiendo vivido más al norte, podrían servir de intérpretes. Curiosamente, fue Francisco Vázquez de Coronado el recién nombrado gobernador de Nueva Galicia quien entregó a fray Marcos, en Tonalá, en noviembre de 1538, las instrucciones del Virrey para realizar aquella jornada.

Los expedicionarios partieron de San Miguel en marzo de 1539, surgiendo la primera dificultad al llegar a Petatlán —en la costa del río Morcorito— donde fray Honorato causó baja por enfermedad. A continuación, De Niza avanzó por la costa de Sinaloa, informándose sobre diversas islas y a la altura del río Fuerte se dirigió al interior por el arroyo de los Alamos, presentándose en el pueblo de Vacapa; de forma progresiva el franciscano tuvo sus primeros contactos con los pima-sonora, indígenas del grupo uto-azteca que habitaban buena parte del noroeste de México, desde el sur de Arizona hasta el límite de Nueva Galicia, informando, en su relación del viaje, que los indios «me hicieron muchos recibimientos, y me dieron mucha comida, y procuraban de tocarme en la ropa, y me llamaban Sayota, que quiere decir en su lengua hombre del cielo»¹². En Vacapa envió el fraile a Estebanico de avanzada, para que reconociera el territorio y le informara posteriormente sobre la tierra que viere y sus naturales; transcurridos algunos días, él mismo se internó por el sur de Sonora y, al parecer, pasó por Conicari¹³ donde obtuvo algunas noticias sobre Cibola, Marata, Acús y Totontecac, lugares que él creyó eran diferentes reinos; los indígenas le comunicaron que muchos de ellos se desplazaban a los mencionados sitios, especialmente al territorio zuñi, donde a cambio de su trabajo recibían cueros curtidos de bisonte y turquesas¹⁴, también dijeron que Cibola era la menor de las siete ciudades y Totontecac más grande y mejor que las siete juntas —idea recogida por Trueba¹⁵—, pero por entonces es posible que Totontecac y Marata —situadas en algún lugar de la cuenca media del río Gila (entre el Mimbres y el San Pedro) y al este de los Montes Chiricahua respectivamente¹⁶ ya hubieran sufrido los efectos de las devastadoras correrías practicadas por los nómadas apaches —llegados al Suroeste poco antes— pues, en las ex-

12. Vid. Relación de fray Marcos del viaje a Cibola en *CoDoln América*; Tomo III, p. 331. Bandelier identifica Vacapa con el enclave de Mátape (un poco más arriba del río del mismo nombre); vid. la introducción (p. 18) del estudio de Carmen de MORA: *Las Siete Ciudades de Cibola*. Sevilla. 1.993; sin embargo, no creemos que sea una suposición acertada, pues se encuentra bastante más al norte de Conicari, por donde pasó después el fraile.

13. Vid. DI PESO [3], p. 158, quien alega que ese fue el punto límite de lo explorado por Diego de Guzmán.

14. En la relación del viaje, *CoDoln América*, tomo III, pp. 335 y 336, dice fray Marcos: «dixéronme que iban por turquesas y por cueros de vacas... traen todos turquesas colgadas de las orejas y de las narices».

15. Vid. Alfonso TRUEBA: *Las 7 ciudades. Expedición de Francisco Vázquez de Coronado*. México. 1.955; pp. 12-16.

16. Vid. DI PESO [3], pp. 138 y 139.

ploraciones de los siguientes años, los españoles no encontraron rastros de su supuesto esplendor.

Fray Marcos continuó su viaje y tras dejar atrás el río Cedros, remontó el Sahuaripa (afluente del Yaqui), llegando a un pueblo fértil, de regadío, cuyos habitantes iban vestidos con prendas de algodón y cubiertos con cueros de bisontes; allí le ofrecieron diversos alimentos y objetos: venados, conejos, codornices, maíz, piñol, jícaras, turquesas y pieles de bisontes¹⁷. A continuación, remontó el Yaqui, encontrando un valle muy poblado, donde consiguió abundante información sobre Cibola —Di Peso cree que había llegado a Bacadéhuachi¹⁸, pasando después, a través de las montañas, a Huachinera. Es probable que aquellos lugares constituyeran el límite meridional del área de influencia cultural de los pueblo, pues la descripción del fraile es significativa, aludiendo al valle «poblado de gente lucida... riégase todo y es como un vergel, están los barrios a media legua y a cada cuarto de legua y en cada pueblo destos hallaba muy larga relación de Cibola»¹⁹. Fray Marcos debió seguir la cuenca del Bavispe hasta la frontera actual entre Sonora y Arizona, cerca del límite con Nuevo México; en el trayecto fue amistosamente recibido y agasajado en todos los poblados, hasta llegar a un gran despoblado que lo separaba de Cibola²⁰. Antes de cruzarlo, obtuvo algunas noticias sobre el enclave de Marata²¹.

Así pues, vamos perfilando buena parte del amplio territorio que constituye el marco geo-etnográfico de nuestro estudio. Cuando fray Marcos se internó en el despoblado comenzaron las verdaderas dificultades, pues a los doce días encontró a un indio de los que habían ido con Estebanico, enterándose de la hostilidad que mostraron los de Cibola hacia el excompañero de Cabeza de Vaca y su grupo. Di Peso piensa que el fraile contó con la inapreciable ayuda —por su información— de los naturales de Chichilticale, para realizar la jornada de Cibola, pero que tal hecho

17. Vid. la Relación de Fray Marcos, en *CoDoln América*; tomo III, pp. 339 y 340. Herrera recoge otros datos en su crónica, vid. Antonio de HERRERA: *H.' General de los hechos de los castellanos en las islas y Tierrafirme del Mar Océano*. Tomo XIII de la ed. de la R.A.H. Madrid. 1. 954. Década VI, libro VII, cap. VII, p. 118 y cap. VIII, p. 121.

18. Vid. DI PESO [3], p. 158, quien afirma extrañamente que la barranca del Yaqui, que recorrió fray Marcos durante cuatro días, estaba despoblada.

19. Vid. la Relación de fray Marcos, *CoDoln América*, tomo III, pp. 339 y 340. HERRERA [17]; tomo XIII. Déc. VI, libro VII, cap. VIII, p. 122, menciona estos hechos.

20. Según la Relación del viaje, *CoDoln América*, tomo III, p. 342, quince días de camino por ese despoblado separaban el área de Bavispe-San Bernardino de Cibola. Según Bandelier, tras pasar por Matape, entró el fraile en el valle del río Sonora hasta Motuticachi y después bajó por el valle de San Pedro hacia el norte, atravesando el río Gila, para acceder a la parte meridional de la llanura de Zuñi. Vid. MORA [12], p. 24.

21. Situado al sureste del valle de San Bernardino, en Arizona, DI PESO [3], p. 159, piensa que se trataba de un remanente de la antigua provincia de Casas Grandes, ubicada en la región de Tres Ríos de Sonora y valle de las Playas, en el suroeste de Nuevo México. Para algunas consideraciones críticas sobre el viaje de fray Marcos, vid. MORA [12], pp. 16-26.

debió de erosionar irreversiblemente las relaciones entre ambos grupos indígenas²². Transcurridas otras dos jornadas, y faltando sólo una para llegar a su destino, el franciscano encontró, en un estado lastimoso, a dos indios del grupo de Esteban, los cuales confirmaron las noticias anteriores, asegurando que habían muerto muchos expedicionarios y desconocían la suerte que había corrido su jefe. El desarrollo de los acontecimientos obligó a de Niza a adoptar todo tipo de precauciones y cuando finalmente llegó cerca de Cibola, se sintió sugestionado por su aspecto²³; el fraile se encontraba en el valle del río Zuñi que nace en las montañas del mismo nombre y tenía ante él el pueblo de Hawikuh²⁴. No obstante su curiosidad y el deseo que tenía de contemplar las maravillas que contaban de Cibola, el franciscano no se atrevió a entrar en ella, pues el miedo y la prudencia lo desaconsejaban; así pues, tomó posesión de la tierra²⁵ e inició el viaje de regreso a Culiacán, desde donde pasó a Compostela, encontrando allí al gobernador Coronado.

Deseando asegurarse de las posibilidades que ofrecían los inmensos territorios situados al septentrión de la Nueva España, y tras recibir el informe de fray Marcos, el Virrey Mendoza decidió enviar a Melchor Díaz y Juan de Zaldívar con un pequeño grupo hacia el norte, para confirmar las aseveraciones del franciscano. Durante el invierno de 1539-1540 verificaron, en parte, el itinerario de la expedición anterior, pues ante la imposibilidad de continuar, por causa de las nevadas, se asentaron entre los chichilticales y allí supieron que los indios de Cibola habían advertido a los primeros que trataran hostilmente a los españoles²⁶. Tal era la tesitura cuando decidieron regresar, entrando en marzo en Culiacán.

22. DI PESO [3], p. 159. En la relación de fray Marcos, *CoDoIn América*, tomo III, pp. 343 y 344, se dice que al llegar los mensajeros de Estebanico ante el señor de Cibola, «le dieron el calabazo; como le tomó en las manos y vido los cascabeles, con mucha ira y enojo arrojó el calabazo en el suelo, y dijo a los mensajeros que luego se fuesen, quel conocía que gente era aquella, que les dijessen que no entrasen en la cibdad, sino que a todos los matarian».

23. En su relación, *CoDoIn América*, tomo III, pp. 347 y 348, fray Marcos describe Cibola de la siguiente manera: «está asentada en un llano, a la falda de un cerro redondo. Tiene muy hermoso parecer de pueblo, el mejor que en estas partes yo he visto; son las casas por la manera que los indios me dixeron, todas de piedra con sus sobrados y azuteas, a lo que me pareció desde un cerro donde me puse a vella. La población es mayor que la cibdad de México». HERRERA [17], tomo XIII, déc. VI, libro VI, cap. VIII, reproduce la descripción anterior y Oviedo menciona las siete ciudades populosas y de grandes edificios, alabando su riqueza, orden y concierto «así de edificios como de todo lo demás: porque tienen casas de cal e canto, de dos o tres sobrados, y en las puertas e ventanas mucha cantidad de turquesas». Vid. Gonzalo FERNANDEZ DE OVIEDO: *H.^a General y Natural de las Indias*. Ed. de la B.A.E. Tomo IV; vol. CXX. Madrid. 1.959; libro II, cap. I, pp. 350 y 351.

24. TRUEBA [15], p. 36, afirma que las siete ciudades —en realidad otros tantos pueblos— contaban con unos 200 habitantes (cada una) y estaban ubicadas en un circuito de seis leguas en el valle. Swadesh dice que fray Marcos tuvo una visión distante y oscura del pueblo de Hawikuh. Vid. Frances Leon SWADESH: *Los primeros pobladores. Antecesores de los chicanos en Nuevo México*. F.C.E. México. 1.977; p. 21.

25. Fray Marcos denominó aquella tierra el Nuevo Reino de San Francisco, si bien el nombre no se mantuvo. Vid. la Relación... *CoDoIn América*, tomo III, p. 348.

26. Según DI PESO [3], pp. 159 y 160, los cibolas y sus vecinos debieron desviar intencio-

EL COMIENZO DE LOS INTENTOS DE ASENTAMIENTO: LA EXPEDICIÓN DE CORONADO HACIA CIBOLA

Pensando en las tierras septentrionales, Mendoza estaba decidido a ampliar el ámbito del virreinato y, puesto que mantuvo discrepancias con Cortés, decidió enviar a Vázquez de Coronado —el gobernador de Nueva Galicia era hombre de confianza del Virrey— al mando de una expedición que resultó ser numerosa, pues no hubo problemas de enganche, debido a la fascinación y sugestión que las míticas siete ciudades produjeron en el ánimo de los españoles ²⁷.

El Capitán-Gobernador tenía instrucciones muy precisas de D. Antonio, destacando el hecho de que se debía procurar un trato amistoso a la población indígena que fuera encontrando a su paso —orden que, al parecer, fue cumplida satisfactoriamente ²⁸—, y la posibilidad de aprovechar los datos y referencias suministrados por Alvar Núñez, fray Marcos —quien participaba en la empresa— y Melchor Díaz. Partiendo de Culiacán, en marzo de 1540, el grupo de vanguardia atravesó los ríos Sinaloa y Fuerte, y presumiblemente a través del arroyo Alamos Coronado y los suyos llegaron a Conicari, desde donde avanzaron al río Cedros y debieron remontar el curso del Yaqui ²⁹ siguiendo hasta el poblado que Cabeza

nadamente a los españoles, para evitar que pasaran por varias áreas ocupadas de la cultura pueblo. Expone que, probablemente, los chichilticales no debían revelar la localización de Marata y Totontec, pues aunque los grupos indígenas peleaban a menudo entre sí, mantenían fructíferas y frecuentes relaciones comerciales.

27. OVIEDO [23], tomo IV, libro II, cap. I, p. 351, alude a una expedición de 300 hombres y 12 religiosos franciscanos. DI PESO [3], p. 160, estima que fueron 230 soldados de caballería, 62 de infantería, 4 sacerdotes, 3 mujeres españolas y cerca de 1.300 indígenas. TRUEBA [15], p. 21, mantiene que fueron más de 300 hombres, la mayoría de caballería. Más reciente es una investigación de Douglas INGLIS: «Los hombres de Cibola: nuevas investigaciones de Francisco Vázquez de Coronado» en *Andalucía y América en el siglo XVI*. Tomo II. Vol. CCXCII de la E. H.A. Sevilla. 1.983, pp. 151-162, pero no da cifras concretas, limitándose a ofrecer un fichero biográfico con algunos de los participantes. Una lista de participantes (A.G.I. Guadalajara, 1.540), en MORA [12], pp. 199-211 (mencionando más de 230 hombres de caballería y 62 de infantería).

28. Desconocemos el motivo por el cual DI PESO [3], p.160, plantea una situación de potencial agresividad de los hombres de Coronado hacia los indígenas, pues las fuentes hablan de una realidad bien diferente; quizá se guió por la exposición de Curtis, que adolece de notables inexactitudes y ambigüedades (vid. Edward S. CURTIS: *Danzantes y sociedades secretas*; vol. n.º 17 de *El indio norteamericano*, dedicado al estudio de los Tewas y Zuñis. Ed. Olañeta. Barcelona. 1.994; vid. pp. 15, 125 y 126). TRUEBA [15], p. 30, cita a Cristóbal de Mayorga quien alegó que no hubo indios mejor tratados que aquellos que tuvieron contacto con la expedición de Coronado. Por su parte, el capitán Jaramillo, que estuvo en el grupo de vanguardia y dejó un relato sobre la jornada, menciona varios contactos con los indios y sólo uno de ellos hostil; vid. «Relación hecha por el capitán Juan Jaramillo, de la jornada que había hecho a la tierra nueva en Nueva España y al descubrimiento de Cibola, yendo por general Francisco Vázquez Coronado», en *CoDoln América*, tomo XIV, 1.870, pp. 305-307. Además, en la Relación anónima de la jornada de Vázquez de Coronado a Cibola, *CoDoln América*, tomo XIV, p. 319, se nos dice «Todo este camino hallamos a los naturales de paz». El propio Castañeda, alude a actitudes punitivas de los españoles (Hawikuh y Tiguex) cuando fueron provocados por los indios, vid. MORA [12], pp. 77 y 91.

29. Jaramillo, en su «Relación...», *CoDoln América*, tomo XIV, p. 305, lo nombra Yaquemí.

de Vaca denominara de Corazones; allí, el Gobernador dejó instrucciones para que Tristán de Arellano —que capitaneaba el grueso de la expedición— avanzara hasta aquel punto y fundara una población con el nombre de San Jerónimo. La vanguardia continuó su avance por el valle de Señora³⁰ (Sonora) y el arroyo Nexpa (el río San Pedro, afluente del Gila), transitando al oeste del valle de San Bernardino, hasta llegar a las estribaciones del territorio de los chichilticales³¹; también el grupo principal avanzó hacia el norte, siguiendo al parecer un desvío oriental³². Por fin, el primer grupo numeroso de españoles entraba en contacto —en el límite entre Sonora, Arizona y Nuevo México— con los indígenas de nivel cultural más avanzado de la Gran Chichimeca: en concreto, algunas agrupaciones culturalmente periféricas de los pueblo, si bien su visión no debió sugerir a los expedicionarios, ansiosos por observar detalles de mayor civilización (suntuosidad, urbanismo, riquezas, etc)³³.

Conviene que antes de proseguir esta investigación, hagamos una sucinta exposición sobre estos indios, su medio geográfico, formas de vida y mentalidades. El área de asentamiento de los naturales correspondientes al complejo cultural de la Gran Chichimeca era tan amplio como sus peculiaridades locales y sus variantes lingüísticas. Los españoles aplicaron el apelativo de indios pueblos a un conjunto de tribus y subtribus que habitaban buena parte del territorio septentrional, central y oriental de la Gran Chichimeca (principalmente en torno a la Cuenca Central y en el pasillo comprendido entre los ríos Grande y Gila hacia el norte, abarcando —con sus zonas limítrofes— el sur de Colorado, la parte oriental de

30. Castañeda dice que «Señora es un río y valle muy poblado de gente muy dispuesta. Las mugeres bisten naguas de cuero adobado de benados y sanbenitillos hasta medio cuerpo»; respecto a las mujeres del valle de Suya afirma que «se labran en la barba y los ojos», vid. MORA [12], pp. 113 y 114.

31. En la «Relación...», *CoDoIn América*, tomo XIV, p. 307, informa Jaramillo que llegaron al pie de la cordillera «que se llama Chichiltie». Según MORA [12], p. 27, Corazones se encontraba entre Batuco y el río Yaquí, lugar donde fundaron San Jerónimo de Suya, y Chichiltic-calli estaba situado al pie de Sierra Bonita; por su parte, Bandelier opina que San Jerónimo de Suya estaría junto al «Arroyo de las Higuieritas», al otro lado de Bacuachi, y Chichilticale en los alrededores del Arivaypa y cerca de Sierra Bonita (¿Montes Pinaleno, Galiuro o Santa Catalina?); vid. MORA [12], pp. 77 y 76, notas n.º 39 y 36 respectivamente. En cuanto al valle de Señora, era el del río Sonora y allí fue trasladada más tarde la ciudad, según nos informa en su Relación de la jornada de Cibola Pedro de Castañeda Nájera; vid. MORA [12], p. 77, nota n.º 40. De los indios que realizaban sus correrías por «el despoblado» (el desierto de Gila) hasta Chichilticale, dice Castañeda (p. 115): «Biven en rancherías sin poblados».

32. Vid. DI PESO [3], p. 160, quien alude a las instrucciones de Coronado para que el grueso de la expedición tomara el camino al este de Chipájora (Suya), pues resultaría más asequible para el transporte de los rebaños.

33. Tanto la exposición de Jaramillo, como la anónima de la jornada de Coronado a Cibola indican una rutina bien lejana de la sugestión; vid. *CoDoIn América*, tomo XIV, pp. 307 y 318. En contraste, varias décadas después, se nos describe a los indios como «de buena y proporcionada estatura; robustos, ligeros y bien dispuestos y comunmente, agradadamente afectados; alegres y no de oscuro entendimiento», además de ser resistentes al frío; vid. Juan de VILLAGUTIERRE SOTOMAYOR: «Historia de la conquista de Nuevo México». En *Exploradores y Conquistadores de Indias*; Biblioteca literaria del estudiante, tomo XVII. Madrid. 1.922, pp. 310 y 311.

Arizona, la franja septentrional de Sonora y Chihuahua, el suroeste de Texas y todo Nuevo México). Fue precisamente el tipo de construcción y disposición característica de sus poblados (muchas casitas pequeñas unidas —o una enorme casa dividida en departamentos— cuyos techos formaban terrazas escalonadas) lo que motivó que los españoles los llamaran así. Las estructuras imperantes en el momento de la irrupción española tuvieron su origen a mediados del siglo XIV, cuando acontecieron diversos cambios sociales y trastornos étnicos en toda la Gran Chichimeca³⁴, que provocaron el progresivo reasentamiento de los pueblos³⁵. Pese a su pertenencia a un tronco étnico común (el azteco-tanoano) y a sus semejanzas³⁶, había grupos lingüísticos diferentes, con variantes económicas: los integrantes de la rama oriental de los pueblo practicaban la agricultura de regadío y pertenecían a la familia lingüística tanoana (que agrupaba a los tano, tewa, tiwa —con sus variantes de tompiro y piro— y towa), entroncada con la uto-azteca, en la que se encuadraban los hopis [moquis] y zuñis (hablantes de una rama shoshon) que constituían la rama occidental, y junto a los queres [keresan] del centro (relacionados lingüísticamente con los caddos), dependían de la anegación y, en mayor grado que los orientales, de las plantas silvestres y la cacería³⁷.

Respecto a la organización interna, no había una unidad global, pues entre los zuñis los clanes eran matrilineales y exógamos, entre los tewas patrilineales y endógamos, entre los tiwas, generalmente, matrilineales y endógamos, y entre los queres, como los zuñis³⁸; consecuentemente, cada grupo constituía una entidad independiente, en la cual, la estructura comunitaria estaba estrechamente delimitada con fines rituales y tareas rela-

34. DI PESO [3], p. 135, considera que ese fue el momento en que se inició el Período Postclásico Esporádico-Tardío, que duró cerca de 200 años y habla de la influencia ideológico-cultural azteca a través de los contactos comerciales, pero parece excesivo señalar el influjo pochteca antes de mediados del siglo XV.

35. SWADESH [24], p. 19, estima que las aldeas que observaron y describieron los primeros exploradores españoles, fueron ocupadas por los indios pueblo a fines del siglo XV. Por su parte, Wissler opina que, en el momento del contacto con los españoles esa cultura se hallaba en decadencia —opinión más que discutible— pues, afirma, el arte arquitectónico (que alcanzó su apogeo hacia 1.200) había perdido parte de su anterior grandeza y la estructura social se había debilitado considerablemente. Vid. Clark WISSLER: *Los indios de los Estados Unidos de América*. Ed. Paidós. Barcelona. 1993; p. 289.

36. En opinión de WISSLER [35], p. 288, los pueblos fueron los únicos agricultores auténticos entre todos los indios de Norteamérica y apenas practicaron la caza; los hombres trabajaban en los campos y se ocupaban del hilado y tejido del algodón, mientras las mujeres fabricaban cestas y piezas de cerámica.

37. Aunque en la mayoría de los datos sobre la filiación de los pueblos hay acuerdo, los investigadores difieren en algunos. Vid. como ejemplos los ya mencionados SWADESH [24], p. 20, WISSLER [35], pp. 288 y 289, introducción de Mercedes JUNQUERA a la crónica de GASPAR DE VILLAGRA: *Historia de Nuevo México*, vol. n.º 51 de la ed. de Crónicas de América de H.. 16. Madrid. 1.989, p. 11, y CURTIS: *Danzantes...* [28] e *Imploración de la lluvia en Río Grande*; vol. n.º 16 de *El indio norteamericano*, dedicado a los tiwas y queres; Barcelona. 1994.

38. Vid. CURTIS: *Danzantes...* [28], pp. 23, 65, 96 y 147, e *Imploración...* [37], pp. 32, 120, 165, 299 y 305.

cionadas con la agricultura. Las mujeres tenían un peso específico notable en lo tocante a la propiedad del hogar, el cuidado del ceremonial y el control de la tierra. La cosmogonía de los pueblos manifiesta una gran riqueza, si bien conocemos relativamente poco del mundo de sus ideas, por el celo tradicional de estas comunidades ante las ingerencias ajenas y el secretismo de muchas de sus prácticas rituales. La religión regía la vida diaria ³⁹ y el área de asentamiento de los pueblos, vinculada a la leyenda sobre sus orígenes, era sagrada. Lo más característico de estos grupos son sus sociedades secretas y sus cultos peculiares, destacando en ellos la importancia de las kivas o kiwas (estructuras adosadas a las casas, en semi-sótanos, o excavadas bajo tierra, con una única abertura de acceso, cuadrada, en el techo, de la cual pendía una escalera, utilizadas para la realización de ciertos ritos iniciáticos o místéricos) y las kátsinas o kachinas (antepasados deificados que aparecían en ciertas ocasiones, disfrazados como dioses de la lluvia, y habitaban en una misteriosa comarca, situada en algún lugar de las montañas próximas) ⁴⁰. En la época del contacto con los españoles los indios pueblo habitaban cerca de 70 poblados, con un contingente demográfico apreciable⁴¹.

Volviendo a la expedición española, Jaramillo menciona el paso por los siguientes puntos: ríos San Juan y Balsas (¿Gila y San Francisco?), arroyo de la Barranca (¿río Prieto?) ⁴². río Frío y arroyo Bermejo (¿el Colorado Chiquito?) ⁴³ a medida que atravesaban la gran zona despoblada que los separaba de Cíbola; en el trayecto, los hombres de Coronado observaron las similitudes de los grupos indígenas que encontraron a su paso, desde su entrada en la Gran Chichimeca hasta llegar a Cíbola⁴⁴. Por otro lado, las dificultades del viaje desde su salida de Culiacán 73 días

39. Sería inútil intentar unificar las ideas y ceremonias de los distintos grupos, pues partiendo de algunas ideas comunes, las variantes son notables. Al respecto, el estudio más completo es el de CURTIS: *Imploración...* [37] y *Danzantes...* [28], si bien tanto WISSLER [35], como JUNQUERA [37] y SWADESH [24] proporcionan los datos elementales.

40. Sobre el particular vid. CURTIS: *Imploración...* [37], pp. 74, 124, 140, 173 y 287, sobre las sociedades, y 74, 143, 197 y 231, sobre las kivas y kátsinas, también *Danzantes...* [28], pp. 38 y 112 sobre el culto a la serpiente, y 29, 73, 99 y 194, para las sociedades secretas.

41. Los datos que proporciona CURTIS en *Imploración...* [37] y *Danzantes...* [28], son los relativos a la época en que su equipo efectuó un sistemático trabajo de campo entre los pueblo (1905-1924); Miloslav STINGL ofrece en el apéndice de su obra *De Sasacus a Jerónimo; la lucha de los indios americanos*, ed. Juventud. Barcelona. 1980, p. 205, cifras más cercanas a los últimos años. Una valoración global en el momento de la llegada de los españoles proporcionan JUNQUERA [37], p. 11, quien considera que había unos 20.000 individuos, y SWADESH [24], p. 19, quien opta por 40.000. Castañeda habla de un total de 66 pueblos y cerca de 20.000 individuos, vid. MORA [12], p. 125.

42. MORA [12], p. 28, dice que tras caminar tres días por el desierto, hallaron un río (Prieto) en el fondo de una barranca.

43. Así lo piensa MORA [12], p. 27.

44. En la Relación anónima de la jornada de Coronado, *CoColn América*, tomo XIV, pp. 318 y 319, se nos dice: «La población es toda una suerte de gente, porque las casas son todas de petates, e algunas entre ellas de azoteas baxas... Tienen entre estos algún algodón; de lo que más se bisten es de cueros de venados».

antes habían sido notables, ocasionando algunas bajas entre los expedicionarios⁴⁵. Los problemas se iban sucediendo, pero lo que agotó la paciencia de los españoles fue la actitud hostil de los zuñis —en notable contraste con las poblaciones anteriores—, atacando al grupo de López de Cárdenas en el paso de la montaña al valle y a los hombres de Coronado en la propia Hawikuh —la refriega fue dura, pues tras fracasar las ofertas de paz del gobernador y un primer intento de asalto, los españoles respondieron con fuego de artillería y descargas de arcabuces—, que tras la batalla fue abandonada por los naturales, pudiendo así los españoles instalarse en ella. Las casas de dos y tres alturas, juntas, con azoteas y paredes de piedra y barro, con sus correspondientes kiwas, llamaron poderosamente la atención de unos ⁴⁶, si bien la desilusión de otros fue evidente ⁴⁷; allí guardaban diversos alimentos —maíz, frijoles y calabazas— y reunían los chamanes a los individuos para celebrar sus ceremonias y cultos. En lo tocante a su indumentaria, los indios de Hawikuh portaban cueros de venados y bisontes, así como mantas de algodón⁴⁸, pero no había nada a la vista que llevara a pensar en las fabulosas riquezas imaginadas por los españoles, apenas algunas turquesas.

La conquista de la legendaria ciudad provocó un enorme desencanto entre los hombres de Coronado, ante la ausencia del ansiado oro y las deseadas riquezas; empero, los expedicionarios no se resignaban al fracaso y, así, el gobernador se informó sobre los diversos poblados de la comarca de Cíbola⁴⁹ y los territorios adyacentes, llegando a la conclusión de que tal nombre se aplicaba a la «provincia», teniendo cada una de las siete poblaciones el suyo propio ⁵⁰. Coronado supo que el afamado reino

45. En la Relación de la jornada de Coronado, *CoDoln América*, tomo XIV, p. 319, figura: «llegamos a Cíbola aunque con arto trabajo e pérdida de muchos caballos e muerte de algunos indios». No sólo hubo bajas entre los nativos, pues en la Relación de Jaramillo, *CoDoln América*, tomo XIV, p. 307, leemos: «murió un español que se decía Espinosa, y otras dos personas, de yerbas que comieron, por la grande necesidad que llevaban».

46. Vid. las correspondientes descripciones en las relaciones de Jaramillo y anónima, *CoDoln América*, tomo XIV, pp. 308 y 319-320 respectivamente. Se citan los patios y «en ellos sus estufas de invierno, e fuera de los pueblos las tienen de verano». También Castañeda, alude a ellas, vid. MORA [12], p. 118.

47. El propio Coronado describió Hawikuh como «una aldea pequeña y fea que parece a punto de venirse abajo toda ella. Hay allí unos doscientos indios de guerra y tiene de tres a cuatro plantas de altura, con las casas pequeñas y con muy pocas habitaciones todas». Vid. CURTIS: *Danzantes...* [28], p. 126.

48. Castañeda comenta: «Bisten pellones de plumas y de pelo de liebres, mantas de algodón. Las mujeres... Traen capotes de cuero pulidos de buena fayción. Cogen el cabello sobre las dos orejas hechos dos ruedas que paresen papos de cofia»; también comenta que incineraban a sus muertos; vid. MORA [12], p. 116 y 118 respectivamente.

49. Jaramillo cita en su Relación «cinco pueblezuelos»; en la anónima de la jornada de Coronado, únicamente se nos dice que «los pueblos son de a trescientas e doscientas, e de a cien cincuenta casas». Vid. *CoDoln América*, tomo XIV, pp. 308 y 319 respectivamente. Castañeda dice que eran siete pueblos, vid. MORA [12], p. 116. Vid. también CURTIS: *Danzantes...* [28], p. 121, nota 89 (donde explica la etimología de Zuñi y Cíbola).

50. Vid. CURTIS: *Danzantes...* [28], p. 126, nota 97.

de Totontec —situado al sur y ligeramente al oeste de Cíbola— estuvo formado por doce pueblos asociados, cuyos habitantes cultivaban algodón vendiéndolo a los de Cíbola, pero las continuas guerras lo habían diezmando tanto, que por aquel entonces contaba únicamente con cinco o seis casas en la ribera de un lago⁵¹. En la parte septentrional de aquel inmenso territorio se encontraba la provincia hopi de Tusayán —al noroeste de Cíbola, cerca de la ribera del Colorado— que constituía un conjunto de siete pueblos y hasta allí llegó Pedro de Tovar, en misión de reconocimiento⁵²; a su regreso, Coronado envió allí al maestro de campo García López de Cárdenas, quien protagonizó uno de los descubrimientos más espectaculares, al llegar hasta el Gran Cañón, observando con asombro el curso del río Colorado⁵³.

Decidió entonces el Gobernador enviar mensajeros al Virrey, que de paso notificarían a Arellano —a la sazón en San Jerónimo— la orden de trasladarse a Cíbola con su grupo y acompañarían a fray Marcos de vuelta a la capital del virreinato; el franciscano tendría que informar a Mendoza que los pueblos no eran tan ricos ni tan fáciles de conquistar como se había pensado. La dureza del viaje mermó notablemente la salud del fraile y a tal contratiempo se unió la profunda decepción que sintió —transformada ya en amargura en la capital— hasta acelerar su muerte⁵⁴. Mientras, en San Jerónimo quedaba Melchor Díaz como Capitán y Alcalde Mayor, con instrucciones de Coronado para descubrir hacia Poniente y conectar con Alarcón. En su exploración llegó Díaz hasta el río Colorado, cerca de su desembocadura, observando a su paso los modestos asentamientos indígenas y la amplitud de aquella geografía inhóspita y desértica, por lo que decidió emprender el regreso, falleciendo en un absurdo accidente⁵⁵.

51. Vid. DI PESO [3], p. 138. Fewkes estima que el núcleo estaba situado en la parte baja de la Hoya Tonto, dentro del área Gila-Salt.

52. En las relaciones de Jaramillo y anónima, *CoDoln América*, tomo XIV, pp. 308 y 320-321 respectivamente, aparece citada como Tucayan y Tuzan, situada a cinco jornadas al poniente, «los pueblos son algún tanto mayores que los de Cíbola, y en los demás, en comida y en todo son de una manera, salvo que estos coxen algodón». Castañeda sí la cita como Tusayán y también Tutahaco; vid. MORA [12], pp. 81, 82 y 118.

53. TRUEBA [15], p. 37, dice que tardó veinte días en llegar. En la Relación anónima de la jornada de Coronado, *CoDoln América*, tomo XIV, p. 322, encontramos que «cincuenta leguas de Tuzan al Poniente, e ochenta de Cíbola, halló una barranca de un río que fue imposible por una parte ni otra hallarle baxada para caballo, ni aún para pié, sino por una parte muy trabaxosa, por donde tenía casi dos leguas de baxada. Estaba la barranca tan acantillada de peñas, que apenas podían ver el río, el cual aunque es según dicen, tanto o mucho mayor que el de Sevilla, de arriba aparecía un arroyo; por manera que aunque con harta diligencia se buscó pasada, e por muchas partes no se halla... este río venía del Nordeste e volvía al Sur Sudeste».

54. MENDIETA [11], vol. CCLXI, tomo II, libro IV, cap. XLV, p. 193, expresa que a la vuelta «resultole de aquella tan larga jornada una grave enfermedad de que quedó tullido hasta la muerte», añadiendo que era «varón muy religioso, docto y celoso de la conversión y salvación de las almas. Murió santamente en el convento de México, adonde está enterrado».

55. En la Relación de la jornada de Coronado, *CoDoln América*, tomo XIV, p. 321, se nos dice que Díaz recorrió 150 leguas «hasta el río en que entró Hernando de Alarcón por la mar, el

La inactividad no era buena compañera para los hombres de Coronado, y había que olvidar las frustraciones pasadas, motivo por el cual el Gobernador envió a Hernando de Alvarado a explorar territorios hacia Levante; este llegó a Acoma —una de las principales aldeas querés, situada a unos 100 km al este de Hawikuh y en la misma latitud—, que gozaba de una situación defensiva casi inexpugnable, si bien para alivio de los recién llegados, tras una serie de amagos, fueron bien recibidos por los indios⁵⁶; continuando su reconocimiento, el grupo alcanzó el río San José —y quizás el Puerco⁵⁷— y posteriormente el Río Grande —al que los españoles llamaron Tiguex o Tigüex, y por extensión al territorio—, cerca de cuyas riberas observaron los españoles diversos poblados indígenas⁵⁸, todos con casas de azoteas de tierra, «a manera de tapias... estufas debajo de la tierra, y aunque no muy pulidas, muy abrigadas», con sus bastimentos de maíz, frijoles y calabazas⁵⁹. Aquellos parajes de Tiguex le

cual llamó de Buenaguía... Este río diz que es grande. Llegaron a él treinta leguas de la costa, las cuales y otras tantas más arriba había sobido Alarcón con las barcas dos meses antes que ellos llegasen... La población e gente que hay en este camino es casi como la de los Corazones... e tienen más maíz, aunque las casas en que viven son chozas o como zaurdas, casi debajo de la tierra... Melchor Díaz pasó cinco o seis jornadas al Poniente, de donde se volvió a causa de no hallar agua ni yerba... Desta vuelta murió... por un desastre, que se mató él mismo, tirando una lanza a un perro».

56. Vid. CURTIS: *Imploración...* [37], p. 221, quien cita literalmente: «Ejecutaron sus ceremonias para hacer la paz, que consisten en tocar los caballos y tomar su sudor y frotarse con él y hacer cruces con los dedos de las manos», —cita casi igual a la de Castañeda; vid. MORA [12], p. 86— y recoge la descripción del enclave: «Era una población muy bien defendida, porque quedaba en lo alto de un peñón, fuera de alcance, con paredes casi verticales en todas direcciones y tan alta... Sólo había una entrada por una escalera construida a mano, que empezaba en la cima de una loma que está alrededor de la base de la roca». En la Relación de Jaramillo, *CoDoIn América*, tomo XIV, p. 309, se menciona el lugar como Tutahaco, «un pueblo en un puerto muy fuerte de tierra, y peña taxada»; en la Relación de la jornada de Coronado, p. 322, se lo cita Acuco o Hacús: «halló un peñol e un pueblo encima... el cual ellos llaman en su lengua Acuco, y el padre fray Marcos, le llamaba el reino de Hacús». En la Relación de Castañeda, se describe el poblado, citado como Acuco; vid. MORA [12], p. 85.

57. Los topónimos mencionados para este espacio, en las relaciones de Jaramillo y anónima (*CoDoIn América*, tomo XIV, pp. 309 y 323) son conocidos (Chía y Cicuique: Pecos) y desconocidos (Uraba o Yuraba y Tienique), aunque los dos primeros son reveladores, se encuentran demasiado al noreste de Acoma, y dada la inflexión noroeste-sureste del río no puede tratarse del Grande (que en esta zona sigue una dirección ligeramente noreste-suroeste) sino de uno de sus afluentes, el San José o el Puerco, quizás en el punto de unión de ambos.

58. En este punto las relaciones de Jaramillo y la de la jornada de Coronado (*CoDoIn América*, tomo XIV, pp. 309 y 323) manifiestan algunas diferencias; según la última, el Río Grande discurría a veinte leguas al este de Acoma («hallamos un río que corre Norte Sur, bien poblado»). TRUEBA [15], p. 51, aumenta la confusión al decir que lo llamaron Río de Nuestra Señora. En las relaciones mencionadas se habla de 15 y 70 pueblos respectivamente. Castañeda dice que «Tiguex es provincia de doce pueblos riberas de un río grande y caudaloso... Es valle espacioso... tiene a el Oriente una sierra neblada muy alta y áspera —las Montañas Sandía—... ay siete pueblos, cuatro en llano y los tres metidos en la halda de la sierra», vid. MORA [12], p. 119. CURTIS: *Imploración...* [37], p. 22, dice que el nombre de Tigüex deriva de Tiwesh, nombre nativo de la familia —los tiwas— y cita a Castañeda, para quien la provincia comprendía doce aldeas, de las cuales sólo cuatro han sido localizadas con seguridad: Isleta, Alameda, Puaray y Sandía.

59. En la Relación de la jornada de Coronado, *CoDoIn América*, tomo XIV, p. 323, se nos dice algo sobre los poblados de Yuraba y Cicuique, el primero con 18 barrios, las casas muy juntas, de 5 o 6 alturas y gran densidad de población; el segundo con cuatro o cinco alturas y 8 pa-

parecieron a Alvarado mejores que los de Cíbola y mandó mensajeros a Coronado, aconsejándole que estableciera el cuartel de invierno en esa zona. De inmediato, el grupo explorador siguió hacia el noreste, avanzando hacia las fuentes del río Pecos —Curtis cita los pueblos tiwas de Río Grande y Pecos (¿Cicuique?)⁶⁰—, cuyo curso descendente (al sureste) siguió, entrando en las llanuras que preceden al Llano Estacado, donde los españoles contemplaron las nutridísimas manadas de bisontes⁶¹. Uno de los jefes indígenas a quien los españoles llamaban «el cacique Bigotes» había proporcionado a Alvarado dos hombres, «Sopete» y «el Turco» —naturales de Quivira y Harahey— para que lo acompañaran como guías⁶²; durante el viaje, el último encandiló al capitán hablándole de las fabulosas riquezas de Quivira⁶³ y, ganado por la . sugestión, decidió Alvarado regresar a Tiguex, con todos sus hombres, para informar a Coronado.

Entretanto, parece ser —por un comentario de Castañeda— que los hombres de Arellano llegaron a la comarca de los piro (cuando se desplazaban de Cíbola a Tiguex), que fue explorada antes de dirigirse río arriba⁶⁴ y, finalmente, el grueso de la hueste se presentó en Río Grande, donde Cárdenas preparó el alojamiento de los expedicionarios en el pueblo de Alcanfor (cerca de Bernalillo)⁶⁵ y, allí, el Turco habló con entusiasmo de las maravillas de Quivira. Al parecer, este indio tuvo buena parte de culpa en la ruptura temporal de los naturales de la zona de Pecos con los españoles, al indisponer hábilmente a unos y otros en benefi-

tios grandes. Castañeda cita algunas costumbres y trabajos masculinos y femeninos, destacando la limpieza de los indios y la calidad de su cerámica; vid. MORA [12], pp. 120 y 121.

60. Vid. CURTIS: *Danzantes...* [28], p. 127. En MORA [12], pp. 28 y 84, nota n.º 70, aparece identificado con Pecos y citado como Cicuye, como en la relación de Castañeda.

61. En la Relación de la jornada de Coronado, *CoDoln América*, tomo XIV, p. 324, nos informan que Alvarado «pasó adelante a estos llanos, é al principio dellos halló un río pequeño que corre a el sueste, e a cuatro jornadas halló las vacas... siguió este río cien leguas, hallando cada día más vacas... Hay tanta cantidad que no sé a qué lo compare sino a pescados en la mar, porque así... hubo tantas, que muchas veces íbamos a pasar por medio dellas, e aunque quisiéramos ir por otro cabo, no podíamos, porque estaban los campos cubiertos dellas».

62. Según las versiones tradicionales se trataba de dos esclavos —eso dice Castañeda, aunque Jaramillo y el autor de la Relación anónima no se pronuncian—, pero Bandelier no comparte ese planteamiento, alegando que posiblemente fueran cautivos, pues los indios pueblo no practicaban la esclavitud; vid. MORA [12], p. 88, nota n.º 83.

63. DI PESO [3], p. 163, piensa que se había organizado una intriga antiespañola, urdida por los nativos de Pecos, los pueblanos de Río Grande y Anasazi, con el fin de alejar a los españoles hacia las llanuras escasamente pobladas del noreste; estima que Bigotes estaba implicado y actuaba de acuerdo con el Turco. En cambio TRUEBA [15], pp. 51-54, opina que Bigotes no tuvo relación con el Turco y no hubo tal conspiración, pues éste actuó sólo; teniendo en cuenta el episodio de la supuesta incautación de los dos brazaletes, y el apresamiento y reducción de Bigotes durante seis meses por parte de Coronado, la hipótesis es bastante sólida.

64. En su Relación Castañeda dice que al llegar a Tutahuaco (error, por Acoma) «se supo que aquel río abaxo avia otros pueblos»; vid. MORA [12], p. 87 y notas 80, 81 y 82.

65. Castañeda comenta el episodio de forma muy ambigua; al parecer, fue entonces cuando tuvo lugar la primera acción voluntariamente violenta emprendida por los españoles en Nuevo México; vid. MORA [12], pp. 86 y 87, nota n.º 78.

cio propio ⁶⁶. Al principio, las relaciones entre los indios de Tiguex —el tramo del Río Grande comprendido, aproximadamente, entre Bernalillo y Belén— y los españoles fueron buenas, pero sufrieron una rápida erosión⁶⁷ que alcanzó su punto culminante con la toma del poblado del Arenal y la cruel actitud de Cárdenas; ese episodio provocó el desencadenamiento de la sangrienta guerra Tiguex ⁶⁸, que terminó a finales de marzo (de 1541) con la captura del pueblo de Moho, tras un largo asedio.

Mientras aguardaban el deshielo de los ríos, para iniciar la jornada de Quivira, el gobernador ordenó un reconocimiento sistemático de diversos pueblos de la gentilidad de los queres (posiblemente Zía, Santa Ana, San Felipe, Santo Domingo y Cochiti) ⁶⁹, al tiempo que el Turco insistía en la posibilidad de encontrar oro y plata, si bien más en Harahey⁷⁰ que en Quivira. Poco después, Coronado decidió que había llegado el momento oportuno de marchar en pos de las riquezas de Quivira; así, a finales de abril (1541) partió con todos sus hombres hacia Cicuique⁷¹ y, tras atravesar el río Pecos y el ramal sur del Canadian, dejaron atrás el Suroeste, llegando al límite de un territorio para ellos asombroso: las infinitas llanuras ⁷²; allí observaron con estupor las manadas de innumerables bisontes y toparon con un grupo de indios (posiblemente nómadas apaches del grupo jicarilla o del kiowa-apache), a los cuales los pueblos llamaban «querechos». Los hombres de Coronado no podían imaginar que aquellos indígenas causarían tantos problemas en la frontera norte del virreinato, en los dos siglos largos de vecindad, pues, en ese momento, los españoles no estaban en condiciones de valorar los efectos negativos de la entrada de los apaches en el Suroeste y el norte de la Gran Chichimeca, en parte por su desconocimiento de la realidad indígena de aquel inmenso territorio y también porque las correrías y depredaciones de ese

66. Es muy factible la hipótesis de Bandelier —vid. nota n.º 62—, de que el Turco fuera un indio de las praderas, posiblemente un pawnee, que debió urdir aquel plan con la idea de atraer a los españoles para poder él regresar entre los suyos; vid. MORA [12], p. 88, nota n.º 83.

67. Vid. el episodio de la requisita de mantas y ropas, así como la violación (o el intento) de un español a una india, comentado por Castañeda, en MORA [12], p. 91.

68. Según DI PESO [3], p. 163, tras la llegada del ejército de Arellano tuvo lugar el ultraje a una india del Arenal, por parte de un soldado, que desencadenó la sangrienta guerra. Es evidente que basa su juicio en la Relación de Castañeda, vid. MORA [12], pp. 91-95. No obstante, TRUEBA [15], pp. 54-56, expone que fueron otros sucesos los que provocaron la guerra, justo cuando Arellano marchaba con sus hombres de Cibola a Tiguex. En la Relación de la jornada de Coronado, *CoDoln América*, tomo XIV, pp. 324 y 325, se narran con suma brevedad algunos episodios de la guerra, que implicó a «doce pueblos que estaban juntos».

69. Vid. la Relación de Castañeda, en MORA [12], p. 97.

70. Castañeda lo cita Arche (identificado con el territorio pawnee del sureste de Nebraska); vid. MORA [12], p. 98; en la Relación anónima aparece como Harall.

71. Vid. la Carta de Coronado al Emperador relatando la jornada de Quivira, duplicada en *CoDoln América*, tomos III y XIII, pp. 369 y 261 respectivamente.

72. TRUEBA [12], p. 58, afirma que observaron al sur un inmenso llano cercado por rocas, al que denominaron Llano Estacado, pero es difícil pensar que en la zona límite entre Nuevo México, Colorado y Oklahoma, pudieran distinguir ese territorio limítrofe entre Nuevo México y Texas, situado a una latitud entre 33.º y 34.º.

grupo atapasco no habían alcanzado el carácter sistemático y virulento que llegaron a tener. En los primeros contactos los apaches se sintieron atraídos por los españoles, pero esos mismos nómadas llevaban casi dos centurias hostilizando a otras poblaciones indígenas sedentarias⁷³. Jaramillo, Coronado y Castañeda describieron sus «viviendas de ranchería» —en este caso, una clara alusión a los posteriormente celeberrimos tipis—, sus costumbres —nómadas con ganado, que comían la carne cruda y bebían la sangre de los bisontes—, el uso de perros con los «travois» (especie de camillas con palos donde transportaban sus enseres) y su buena planta⁷⁴. Coronado intentó obtener alguna información útil para su jornada, valiéndose del Turco y de la comunicación por señas⁷⁵, pero los querechos nada sabían sobre su ruta. El grupo continuó su andadura por los llanos, siguiendo una dirección sureste-sur hasta llegar al límite del Llano Estacado; todo ese tiempo Sopete había asegurado que iban mal orientados, pues Quivira se encontraba hacia el noreste, pero como el Turco insistiera en la primera ruta mencionada, aceptaron sus indicaciones hasta topar con un grupo de tejas⁷⁶ (¿comanches?), quienes confirmaron que su ruta no era correcta, descubriéndose así el engaño del Turco⁷⁷. Coronado

73. Como expone Luis NAVARRO: *José de Gálvez y la Comandancia General de las Provincias Internas*; vol. CXLVIII de la E.E.H.A. Sevilla. 1964, p. 24, hacia 1400 los apaches habían arruinado una maravillosa cultura de base agrícola en la cuenca del Gila.

74. Vid. cada descripción en las relaciones de Castañeda, Jaramillo, y la carta de Coronado al Emperador, MORA [12], p. 99 y 100, *CoDoin América*, tomos XIV y XIII, pp. 310 y 262-263 respectivamente. Bandelier sostiene que los querechos eran un grupo apache; sin embargo Wanship afirma que ese nombre lo aplicaban los comanches a los tonkawa del centro-oeste de Texas; vid. MORA [12], p. 100, nota n.º 111. Nosotros pensamos que la alusión a formas de vida y cultura típicas de los indios de las llanuras no debe confundirnos, pues en esa época, la zona de asentamiento y tránsito de la mayoría de los apaches se encontraba algo más al norte y al este de lo que llegó a ser su territorio más habitual en la segunda mitad del siglo XVIII y durante el XIX.

75. Castañeda señala que los indios eran muy hábiles en estos menesteres y alega: «dixeron que, baxando haçia do sale el sol, avia un río muy grande y que iría por la rivera dél por poblados noventa días sin quebrar, de poblado en poblado. Deçian que se deçia lo primero del poblado Haxa, y que el río era de más de una legua de ancho, y que avia muchas canoas»; vid. MORA [12], p. 100. El autor de la Relación anónima no menciona el encuentro con los querechos y Jaramillo nada dice sobre preguntas a los indios relativas a la ruta, limitándose a señalar: «anduvimos como hasta ocho ó diez días por la derrota dicha»; por su parte, Coronado es tajante, alegando que los querechos no supieron informar sobre el lugar adonde les guiaba el Turco; vid. *CoDoin América*, tomo XIV, pp. 325 y 310, y tomo XIII, p. 263 respectivamente.

76. Puesto que no puede tratarse de los tejas, nombre dado por los hombres de De Soto a los hasinai del subgrupo caddo, que vivían entre los ríos Neches y Trinidad, y los tonkawa —según Hodge— eran caníbales (Castañeda afirma que los tejas no comían carne humana), debían ser comanches, cuya conocida enemistad con los apaches ya fue señalada por Coronado.

77. La cuestión de la reacción de los españoles y los guías indios es un tanto confusa. En la Relación anónima, se dice: «El indio que daba las nuevas e relación era... de un pueblo que llama Harall; daba tanta razón de lo que decía como si fuera verdad e lo obiera visto, que bien parecía después ser el diablo el que hablaba en él». Jaramillo se expresa así: «parece que como el dicho indio deseaba ir a su tierra, alargose a decir en lo que gallamos no ser verdad, y no sé si por esto, si por ser aconsejado que nos llevase por otras partes, torciendo el camino... entendimos también que nos distrajo de la derrota que habíamos de llevar... y visto el otro indio compañero suyo y de su tierra, que no nos llevaba por donde habíamos de ir... dejose caer en el camino señalando que le cortasen la cabeza que él no había de ir por allí, ni era aquel nuestro camino. Co-

alude a estos indios como enemigos de los querechos, con usos alimenticios y trashumantes comunes, también de buena planta y «todos labrados los cuerpos y rostros»; Jaramillo los llama «indios de la brenda»⁷⁸.

Como no había forma de seguir rastros, pues la yerba se erguía después de pisada y comenzaban a faltar los bastimentos (no había maíz ni pan, sólo carne de bisonte y ocasionalmente algunos frutos de la tierra)⁷⁹, Coronado consultó a sus capitanes y ordenó que el grueso de la tropa regresara a Tiguex, continuando él la jornada con 30 jinetes⁸⁰. Sin embargo, el grupo principal consiguió del Capitán el permiso para permanecer en el sitio y la promesa de llamarlo si se confirmaban las riquezas de Quivira. Mientras esperaban, en aquellos llanos inmensos no pocos españoles se perdían al salir de caza —algunos, más mañosos, esperaban a que declinara el sol para orientarse y así regresar—, por lo cual, todas las noches hacían recuento en el campamento y procedían a tocar trompetas y tambores, disparar tiros de artillería y encender hogueras, para orientar a los despistados⁸¹. Al mismo tiempo, durante el mes de junio, el grupo expedicionario de Coronado recorrió Texas —en un trayecto suroeste-noreste— y tras atravesar una franja de terreno correspondiente a Oklahoma (dejando atrás los ríos Colorado, Brazos, Rojo, los dos ramales del Canadian y el Cimarrón), guiado por Sopete, llegó

ronado explica así el episodio: «por donde me quisieron guiar caminé... hasta llegar a unos llanos... donde desatinaron... que era no como me habían dicho... Allí me confesaron los guías que, en sola la grandeza de las casas, no me habían dicho verdad, porque eran de paja; que en la muchedumbre de gente y otras cosas de policía, la decían. Y los teyas estaban contra esto». Por último, Castañeda expone: «se bieron otros Querechos rancheados... Estos dieron grandissima noticia de poblados, todo a el oriente de donde nos hallamos... Iba en el campo otro indio pintado, natural de Quivira, que se decía Sopete... siempre dixo que el Turco mentía y por esto no hacían caso dél». Vid. *CoDoln América*, tomo XIV, pp. 325-326, 310-311, tomo XIII, p. 263 y MORA [12], pp. 100 y 101. Por otro lado, DI PESO [3], p. 163, cree que el Turco y Bigotes habían concertado un ardid, por el cual el primero debía acompañar a los españoles hasta las grandes praderas y desviarlos hacia el sur de Texas, y el segundo debía explicar los detalles del complot a los grupos indígenas que los españoles encontrarán a su paso.

78. Vid. la Carta de Coronado al Emperador y la Relación de Jaramillo, en *CoDoln América*, tomos XIII y XIV, pp. 263 y 311. En la Relación anónima nada se nos dice y Castañeda alude a ellos como «otros Querechos rancheados», si bien más adelante expone: «Cubren todas sus carnes. Traen çapatos y borseguíez de cuero adobado... mantas las mugeres sobre sus faldellines y mangas cogidas por las espaldas, todo de cuero, y unos como sanbenitillos con rapasejos que llegan a medio muslo sobre los faldellines», vid. MORA [12], pp. 100 y 103, en la 127 se extiende más en algunas prácticas y costumbres de querechos y teyas.

79. El autor de la Relación anónima, *CoDoln América*, tomo XIV, p. 326, asegura que el consumo continuo de carne hacía daño a muchos hombres y los caballos se veían afectados al no poder comer maíz.

80. Vid. la Carta de Coronado al Emperador, *CoDoln América*, tomo XIII, p. 264 y las relaciones de Jaramillo, anónima, tomo XIV, pp. 312 y 326, y de Castañeda, en MORA [12], p. 103.

81. Vid. Castañeda, en MORA [12], p. 104; en las pp. 126 y 127, dice sobre las llanuras: «es una tierra llana y espaciosa... y no se pudo ber... çerro, ni çierra que tubiese de altura tres estados, con andar doçientas y sinçuenta leguas por ellas. A trechos se hallavan algunas lagunas... dulçes y... de sal... Es la tierra... que dondequiera que un hombre se pone lo çerca el cielo a tiro de ballesta. No tiene arboleda sino en los ríos que hay en algunas barrancas, que son tam encubiertas que hasta que están a el bordo de ellas no son bistas. Son de tierra muerta. Tienen entradas que haçen las bacas para entrar a el agua, que está honda por estos llanos».

al sur de Kansas, al río que los españoles llamaron de Quivira —el actual Arkansas⁸²; cerca ya del poblado del mismo nombre. Tres días después de cruzar el río, encontraron los españoles una partida de cazadores que resultaron ser naturales de Quivira y, a través de Sopete, consiguieron algunas noticias sobre ellos y sus poblados, decidiendo entonces Coronado escribir una carta al gobernador de Harahey y Quivira, pues pensaba erróneamente que sería un cristiano náufrago de alguna de las armadas de Florida⁸³. Finalmente, llegaron los expedicionarios a una zona donde pudieron observar varias aldeas —más bien campamentos— de Quivira⁸⁴ y, allí, su desencanto fue enorme, al comprobar que no había ciudades ni metales preciosos, ni riquezas, sino únicamente una tierra buena y fértil⁸⁵; supieron que en los confines de Quivira se encontraba el poblado de Harahey y más allá no encontrarían nada de particular. Entretanto, los mensajeros que el ejército principal había enviado en busca de nuevas, regresaron con la orden de iniciar la vuelta a Tiguex y, tras conseguir algunos teyas como guías, atravesaron las lagunas saladas situadas al este del Pecos y el propio río, llegando a Cicuique (Cicuye o Pecos) con rapidez⁸⁶, como allí fueron recibidos hostilmente, pasaron a Tiguex (a mediados de julio), cuyos pueblos, parcialmente repoblados, fueron abandonados por el temor de los naturales. A la espera del regreso de Coronado, Arellano ordenó hacer acopio de bastimentos para el «invierno venidero» (la estación de las lluvias?) y envió diversas patrullas de reconocimiento, siguiendo el curso septentrional del Río Grande, hacia Hemes (Jémez), Yuqueyunque y Brava

82. Vid. las relaciones de Jaramillo y anónima, *CoDoIn América*, tomo XIV, pp. 312 y 316 respectivamente. TRUEBA [12], p. 60, afirma que lo llamaron de San Pedro y San Pablo por llegar ese día.

83. Vid. la Relación de Jaramillo, *CoDoIn América*, tomo XIV, p. 313. Quizá se acordara Coronado del periplo de Alvar Núñez; vid. TRUEBA [12], p. 61.

84. TRUEBA [12], p. 61, piensa que Quivira se encontraba cerca de la actual Lyons, mientras DI PESO [3], p. 164, alega que llegaron hasta Tabás. Coronado la situó a 950 leguas de México y 40.° de latitud, vid. la Carta al Emperador, *CoDoIn América*, tomo XIII, p. 265, y MORA [12], p. 105, nota 128, donde recoge la opinión de Bandelier del error de 1,5° por exceso en las mediciones de Coronado, señalando así 38,5°.

85. Castañeda se limita a decir: «No se bio entre aquella gente oro ni plata ni noticia de ello», vid. MORA [12], p. 105; Coronado expresa: «La tierra en sí es la más aparejada que se ha bisto para darse en ella todas las cosas de España, porque demás de ser en sí gruesa y negra y tener muy buenas ganas [sic: aguas] de arroyos y fuentes y ríos, hallé ciruelas como las de España y nueces y bubas dulces y muy buenas y moras»; Jaramillo comenta: «Esta tierra tiene muy linda la apariencia, tal que no la he visto yo mejor en toda nuestra España ni Italia y parte de Francia... porque no es tierra muy doblada sino de lo más [sic: lomas] y llanos, y ríos de muy linda apariencia y aguas, que cierto me contento y tengo presunción que será muy fructífera y de todos frutos... jallamos ciruelas de Castilla... En algunos arroyos, uvas de razonable sabor», vid. *CoDoIn América*, tomos XIII y XIV, pp. 266 y 315 respectivamente.

86. Para ello utilizaron un método ingenioso, descrito por Castañeda: los guías «por la mañana miraban a donde salía el sol y tomaban el rumbo que avían de tomar y tiraban una flecha. Y antes de llegar a ella tiraban otra por encima, y desta manera iban todo el día hasta las aguas adonde se avía de hacer jornada»; vid. MORA [12], p. 105 y nota 130.

(Valladolid, rebautizada luego como Taos), y el meridional, hasta los poblados de los piros (entre Alamillo y San Marcial)⁸⁷.

En Quivira, Coronado y sus hombres vieron las chozas de paja, «a manera de ranchos tarascos», en algunos poblados juntas, y «casas de cueros y cañas», describiendo a los indios como altos y de buena disposición, pero bárbaros en su vida y costumbres («gente muy bestial sin policía ninguna»), conocedores del maíz, los frijoles y calabazas, pero ignorantes del algodón (sus mantas eran de «cueros que adovan de las vacas que matan»), las gallinas y el pan de cocer, y al igual que los querechos y los teyas comían la carne cruda de las piezas que cazaban⁸⁸. Una vez efectuados diversos reconocimientos del territorio —Coronado precisaba que había más de 25 pueblos y las diligencias realizadas sobre las posibilidades económicas (casi nulas) fueron harto complejas, por la diversidad de lenguas y las dificultades para entenderse—, como estaba ya avanzado el mes de agosto y eran pocos⁸⁹, decidió el Capitán ordenar el regreso a Tiguex para pasar allí el invierno. El Turco había reconocido su engaño y cómo se había concertado con los naturales de Pecos para alejar a los españoles⁹⁰ y como estos creyeron que intentaba levantar a los de Quivira contra ellos, lo ejecutaron una noche⁹¹. Sopete se quedó allí con los suyos —¿indios wichitas o pawnees?— y los hombres de Coronado, guiados por algunos indios, regresaron a Tiguex con rapidez —a mediados de septiembre estaban ya de vuelta—, tras atravesar otra vez los llanos —si bien con una ruta más directa hacia el suroeste— cuajados de bisontes y ver algunos grupos de querechos y de teyas.

87. Vid. Castañeda, en MORA [12], pp. 106 y 107.

88. Vid. la Carta de Coronado al Emperador y la Relación anónima, en *CoDoln América*, tomos XIII y XIV, pp. 264-265 y 326 respectivamente.

89. Jaramillo, *CoDoln América*, tomo XIV, p. 314, dice: «nos pareció a todos, que pues que hera ya casi la boca del invierno... jera [sic] media y más de Agosto; y por ser pocos para inbarnar allí...». Por su parte, Castañeda alega que el indio «Xabe... Hiço creer a muchos que... el general no entró en la tierra adentro, que no osó por ser muy poblado y no se hallar poderoso, y dio la buelta por llevar sus gentes pasadas las aguas, porque ya por allá llobía, que era entrada de agosto», vid. MORA [12], pp. 107 y 108.

90. Coronado, en la Carta al Emperador, *CoDoln América*, tomo XIII, p. 266, expone: «la relación que me dieron fue falsa porque me mobiese a ir allá con toda la gente, creyendo que, por ser el camino de tantos desiertos y despoblados y falto de aguas, nos metieran en parte donde nuestros caballos y nosotros muriéramos de hambre, y así lo confesaron los guías, y que por consejo y mandamiento de los naturales de estas provincias le avían hecho». Castañeda comenta que «los de Cicuye le avían rogado que los truxese perdidos por los llanos, porque faltándoles el bastimento se muriesen los cavallos y ellos, flacos, cuando bolbiesen los podrían matar sin trabajo y bengarse de lo que avían hecho»; vid. MORA [12], p. 105.

91. Castañeda lo explica así: «temiéndose los que allí iban que no diese algún abiso por donde les biniese algún daño, le dieron garrote, de que el Isopete se holgó», vid. MORA [12], p. 105; por su parte, Jaramillo, *CoDoln América*, tomo XIV, p. 314, comenta: «visto el turco que nos había mentido, apellidó toda esta población para que diese en nosotros una noche y nos matasen; supimoslo y pusimos en recaudo, y a él se le dio aquella noche un garrote con que no amanesció».

Desde Alcanfor escribió Coronado al Emperador y al Virrey Mendoza, mostrando su abatimiento por los resultados negativos de la empresa en la que tantas ilusiones había depositado⁹²; pese a ello, no quería resignarse y pensaba continuar las exploraciones en primavera⁹³, pero un accidente que sufrió en diciembre cambió el curso de los acontecimientos⁹⁴, y, además, llegaron noticias sobre la destrucción de la villa de San Jerónimo⁹⁵, por lo cual, en abril de 1542, la hueste de Coronado emprendió el regreso, pasando por Hawikuh, el Despoblado, Chichilticale, Batuco, ríos Yaquí, Mayo y Fuerte, Petatlán, llegando finalmente a Culiacán⁹⁶, donde el ejército se deshizo. A continuación, a finales de junio, Coronado viajó hasta México, donde el Virrey lo recibió con frialdad⁹⁷ y, posteriormente, regresó a Nueva Galicia ejerciendo en su cargo de gobernador⁹⁸. Aunque en los aspectos económico y poblador la jornada de Coronado resultó un fracaso, tuvo empero algunas consecuencias positivas, pues permitió un primer conocimiento geográfico y humano del inmenso Suroeste, y sirvió para estimular —en el futuro— los ánimos de los españoles de la Nueva España, sugestionados por los lejanos territorios del norte⁹⁹.

92. En la Carta al Emperador, *CoDoIn América*, tomo XIII, p. 267, alegaba: «visto que no abía ninguna cosa de las que fray Marcos dijo, he procurado descubrir esta tierra duzientas leguas y más a la redonda de Cibola, y lo mejor que he hallado es este río de Tigüez, en que estoy, y las poblaciones del, que no son para poderlas poblar... la tierra es tan fría... que parece imposible poderse pasar el ynierno en ella, porque no ay leña, ni ropa con que se puedan abrigar los hombres, sino cueros de que se visten los naturales y algunas mantas de algodón en poca cantidad».

93. Castañeda se expresa así: «procuró de inbernar allí para dar la buelta con todo el campo, porque decía traía noticia de grandes poblaciones y ríos poderossísimos, y que la tierra era muy pareciente a la de España en las frutas y yerbas y temporales. Y que no benian satisfechos de creer que no avía oro, antes traían sospecha que lo avía la tierra adentro, porque, puesto que lo negavan, entendían qué cosa era, y tenía nombre entre ellos»; vid. MORA [12], p. 108.

94. Cuando cabalgaba en compañía del capitán Rodrigo Maldonado, Coronado cayó al suelo y fue atropellado por el caballo del primero; aunque se repuso del accidente, al parecer, quedó disminuido en sus facultades y sólo deseó volver a México. Vid. las relaciones de Jaramillo, anónima y de Castañeda, en *CoDoIn América*, tomo XIV, pp. 31 y 328, y MORA [12], pp. 131 y 133, respectivamente.

95. Vid. Castañeda, en MORA [12], pp. 132-134, y la Relación anónima, *CoDoIn América*, tomo XIV, p. 328.

96. Vid. Castañeda, en MORA [12], pp. 135-137 y TRUEBA [12], p. 72.

97. Vid. la Relación anónima, *CoDoIn América*, tomo XIV, p. 329, donde dice que Mendoza «nada se holgó con su venida, aunque al prencipio desimulada». Por su parte, Castañeda expresa que cuando Coronado se presentó ante el Virrey «No fue dél bien recebido, aunque dio sus descargos. Y desde allí perdió reputación y gobernó poco tiempo la gobernaçión», vid. MESA [12], p. 138. TRUEBA [12], pp. 72 y 73 comenta el desenlace.

98. Respecto a la expedición de Coronado, vid. INGLIS: [27], pp. 151-172. En inglés, hay una bibliografía más abundante; de tipo general, vid. John BANNON: *The Spanish Borderlands Frontier, 1513-1821*. Nueva York et al. 1970; F.W. HODGE y T.S. LEWIS (Eds.): *Spanish explorers in the Southern United States, 1528-1543*. Nueva York. 1907; Alphonse BANDELIER: *Contributions to the history of the southwestern portion of the United States*. Cambridge. 1890; Herbert BOLTON: *Spanish exploration in the Southwest, 1542-1706*. Nueva York. 1916; como bibliografía específica vid. del propio BOLTON: *Coronado on the silver trail; Knighth of pueblos and plains*. Nueva York-Albuquerque. 1949; George HAMMOND y Agapito REY: *Narratives of me Coronado expedition, 1540-1542*. Albuquerque. 1940.

99. Al respecto comenta Zárate: «Desde entonces están todos con tan gran deseo se haga esta jornada, que si se pregonara, serían tantos los soldados que entraran a su costa, con armas y

LAS ÚLTIMAS EMPRESAS ANTERIORES A LA OBRA DE ORATE

Durante cuarenta años los españoles permanecieron alejados de las tierras que explorara en su día Vázquez de Coronado. Sin embargo, ese hecho no supuso en realidad un estancamiento en las actividades hispanas, sino simplemente la aplicación de un planteamiento diferente, basado en metas más próximas y concretas. La acción expansiva de Francisco de Ibarra en Nueva Vizcaya ¹⁰⁰ —con las fundaciones de Santa Bárbara, Nombre de Dios, Durango y San Sebastián; las expediciones hacia Copala, Topía, Chiametla y Casas Grandes, y el comienzo de la explotación de diversas minas— fue un claro ejemplo de la nueva situación y posibilitó que, después de tanto tiempo, las miradas de muchos se volvieran hacia Nuevo México, pues con los descubrimientos mineros en Zacatecas, la frontera norte avanzó rápidamente y se contempló aquel vasto territorio como una zona apetecible y de potencial riqueza minera.

A) La expedición de Chamuscado y fray Agustín

El núcleo de población más septentrional del virreinato estaba formado casi exclusivamente por mineros, soldados y misioneros franciscanos; fue precisamente uno de estos religiosos, fray Agustín Ruiz ¹⁰¹ —lego ya mayor, de vida ejemplar ¹⁰², que tras servir muchos años en los conventos de México fue destinado a la custodia de Zacatecas— quien se había establecido en Santa Bárbara (por aquel tiempo el enclave más septentrional de la frontera), el que retomó la inquietud de las empresas de Nuevo México, informándose sobre ciertos poblados de indígenas, situados hacia el

caballo, que serían bastantes, ahorrando a S.M. de estos gastos»; vid. fray Jerónimo de ZARATE SALMERON: «Extracto de las Relaciones de Nuevo México (1538-1626)», en *Documentos para servir a la Historia de Nuevo México (1538 1778)*. Madrid. 1962.

100. Sobre el particular, [vid. la](#) «Relación de los descubrimientos, conquistas y poblaciones hechas por el gobernador Francisco de Ybarra en las provincias de Copala, Nueva Vizcaya y Chiametla» (sic), en *CoDoln América*, tomo XIV, pp. 463-484.

101. No está claro su apellido. En las declaraciones de Bustamante, Gallegos y Barrado, sobre la expedición de fray Agustín y el capitán Chamuscado, se le menciona como fray Agustín Rodríguez y así lo nombran Trueba, Di Peso y Mendieta; en cambio Espejo, en la relación de su viaje, y Salmerón lo citan como fray Agustín Ruiz. Vid. «Testimonio... sobre el descubrimiento... que pidió fray Agustín Rodríguez...», y «Expediente sobre el ofrecimiento que hace Francisco Díaz de Vargas...», *CoDoln América*, tomo XV, 1871, pp. 80-150 (vid. pp. 80, 82, 88, 96 y 101) y 151-191 (vid. p. 164), respectivamente. También Alfonso TRUEBA: *Nuevo México*. México. 1956, pp. 5-8, DI PESO [3], pp. 169 y 170, ZARATE SALMERON [99], pp. 126-128 y MENDIETA [11], vol. CCLXI, p. 264.

102. MENDIETA [11], vol. CCLXI, libro IV, cap. XI, p. 32, comenta que era «un fraile menor, lego viejo, muy devoto y celoso de la salud de las almas».

norte t0a y obteniendo del Virrey Conde de La Coruña la autorización necesaria para preparar una expedición con fines misionales ¹⁰⁴

Acompañarían a fray Agustín otros dos franciscanos jóvenes, ambos teólogos y predicadores: fray Francisco López —que iría como comisario— y fray Juan de Santa María ¹⁰⁵; a ellos se unieron nueve soldados (el capitán Francisco Sánchez Chamuscado, Felipe de Escalante, Pedro Sánchez de Chaves, Hernando Gallegos, Hernando Barrado, Pedro de Bustamante, Juan Sánchez, Herrera y Fuensalida) con la esperanza de encontrar minas ¹⁰⁶ y completaban la expedición algunos sirvientes indios ¹⁰⁷. En junio de 1581 salieron de Santa Bárbara, dirigiéndose por el valle de San Gregorio hacia el río Conchos y a su paso observaron indios chichimecas muy pobres y desnudos, que apenas se alimentaban de nopales y raíces ¹⁰⁸; remontando el Conchos llegaron hasta el Río Grande —al que por su tamaño y caudal llamaron Guadalquivir— y allí fueron bien recibidos por los naturales, informándose sobre las poblaciones que encontrarían más al norte. Seguidamente, atravesaron un gran despoblado ¹⁰⁹ (es probable que se tratara de la franja que, con el tiempo sería conocida como la «Jornada del Muerto»; por lo tanto, tuvieron que dejar atrás la zona de

103. ZARATE SALMERON [99], p. 126, expone que estando entre los indios conchos «supo como hacia el Norte había grandes poblaciones». TRUEBA [101], pp. 5 y 6, dice que tras recibir informes de los conchos, leyó una copia del relato de Alvar Núñez y se inflamó su deseo de evangelizar aquellos indios.

104. En el Testimonio sobre el descubrimiento... *CoDoln América*, tomo XV, p. 80, se dice que fray Agustín pretendía ir «a cierta tierra nueva que tendrán noticia, había donde se podía hacer mucho fruto». En las pp. 82 y 89 hay alusiones a la lectura de la obra de Cabeza de Vaca.

105. MENDIETA [11], vol. CCLXI, libro IV, cap. XI, p. 32, los cita como «mancebos teólogos de muy buen espíritu»; en la Descripción, p. 264 también alude a ellos. Vid. igualmente la Relación de Espejo, en Testimonio... *CoDoln América*, tomo XV, p. 101; ZARATE SALMERON [99], p. 126, dice que ambos sacerdotes eran «teólogos, mozos de buen ejemplo»; TRUEBA [101], p. 6, alude a ellos como «mancebos virtuosos y teólogos, que actualmente salían del estudio».

106. ZARATE SALMERON [99], p. 126, cree erróneamente que fueron «12 soldados y un capitán». MENDIETA [11], vol. CCLXI, libro IV, cap. XI, p. 32, también alude a doce. TRUEBA [101], p. 6, da la cifra correcta de nueve. En el Testimonio... *CoDoln América*, tomo XV, pp. 80-150, no aparece la lista completa de soldados y sólo se menciona reiteradamente al capitán Sánchez Chamuscado; por la declaración de Pedro de Bustamante (pp. 81-88) sabemos que él participó en la expedición, así como Gallegos y Barrado (pp. 88-95 y 96-97 respectivamente). Todos los soldados, excepto Bustamante, aparecen citados en la crónica de VILLAGRA [37], canto 5.º, p. 118, el cual afirma que «por ser todos valientes y bonísimos guerreros» acompañaron a los frailes que «con valeroso esfuerço se metieron por todas estas tierras».

107. TRUEBA [101], p. 6, dice que viajaron de ocho a quince, también fue un mestizo llamado Juan Bautista; Bustamante y Gallegos hablan de 16, vid. Testimonio... *CoDoln América*, tomo XV, pp. 83 y 89.

108. Vid. las declaraciones de Bustamante y Gallegos, y la «Relación breve y verdadera del descubrimiento del Nuevo México»; ambas en Testimonio... *CoDoln América*, tomo XV, pp. 83 y 90, y 146-150 respectivamente (especialmente 146 y 147). También hemos manejado una copia de la Relación, localizada en el Archivo General de Simancas, Guerra Antigua, leg. 150, n.º 352.

109. «...sin poder ver ninguna gente ni cosa viva con hartos trabajos y desconsuelos y al fin dellos fue Nuestro Señor servido de nos deparar un indio desnudo... que por señas le preguntamos donde había maíz, y él nos respondió que a una jornada de allí, hallaríamos mais en cantidad»; vid. la Relación... del Nuevo México, *CoDoln América*, tomo XV, p. 147.

Tigua ¹¹⁰ —en el límite entre Chihuahua y Texas, muy cerca de Nuevo México—) y vieron una aglomeración indígena a la que llamaron provincia de San Felipe, encontrándose ya en territorio de los piro; allí observaron un pueblo con buen trazado, casas de dos alturas e indios vestidos con algodón, que tenían sementeras de maíz, frijoles y calabazas. Tras ese primer contacto los hombres de Chamuscado reconocieron otros cinco pueblos (presumiblemente de la zona Senecú-San Felipe-Socorro-Sevillita), donde fueron pacíficamente recibidos y obsequiados; por añadidura, supieron que siguiendo el Río Grande hacia el norte encontrarían muchos poblados —pues se estaban acercando al territorio de los tiwas, sin sospechar que cuarenta años antes Coronado y los suyos ya habían explorado esas tierras— y animados ante tal perspectiva siguieron esa dirección ¹¹¹; apartándose algo del río vieron un poblado muy populoso al que llamaron Tlaxcala ¹¹² (quizás Isleta o Sandía) y, tras informarse sobre un importante núcleo de población indígena, situado a diez días de viaje hacia el norte, decidieron no seguir adelante por falta de herrajes para los caballos y mantenimientos necesarios ¹¹³. Pese a las circunstancias, Chamuscado y los suyos decidieron explorar con más detenimiento aquel territorio; tras retroceder un trecho, nombraron Castildavid a uno de los pueblos y remontando el río San José accedieron al territorio de los queres, donde vieron otros tres pueblos (uno de ellos, probablemente, Acoma) y tuvieron noticia de otros once, situados río arriba, en un valle al que nombraron Valleviciosa ¹¹⁴, pero no llegaron allí, dirigiéndose en cambio a los llanos situados en la zona oriental de Nuevo México, donde encontraron las manadas de bisontes, observando también —como antes Coronado y los suyos— a los indios querechos ¹¹⁵. Tras volver al Río Grande, llegaron al

110. En los datos de TRUEBA [101], p. 6, hay confusión respecto a Tigua; tampoco está clara su localización en MENDIETA [11], vol. CCLXI, libro IV, cap. XI, p. 33 y ZARATE SALMERON [99], p. 126; DI PESO [3], pp. 139 y 140, dice que el grupo de comunidades del ángulo sureste de Nuevo México, en torno al Río Grande eran los Tíquez.

111. Vid. Testimonio... y Relación... del Nuevo México, *CoDoln América*, tomo XV, pp. 84, 90, 91, 147 y 148, donde dice: «adelante había grandísima suma de pueblos, y a los lados, y dende allí, caminamos cincuenta leguas el río arriba... como a una jornada descubrimos y vimos y paseamos sesenta y un pueblos... muy en buen lugar, llanos y en buena tierra, y las casas juntas, con sus plazas y calles, todo por muy buen orden... habría más de ciento y treinta mil ánimas, toda gente vestida... cójese mucho algodón en ellos».

112. «...un pueblo grande de hasta quinientas casas... que tenía cuatro y cinco altos... y por ser tan grande, le pusieron por nombre Tlaxcala»; vid. Testimonio... *CoDoln América*, tomo XV, pp. 85 y 92.

113. TRUEBA [101], p. 7, cree que llegaron hasta Taos, pero ni los datos reflejados en los documentos permiten afirmarlo, ni en la bibliografía inciden en esta idea. CURTIS: *Imploración...* [37], p. 28, sólo dice que se adentraron en territorio tiwa.

114. Vid. Testimonio... *CoDoln América*, tomo XV, pp. 85 y 92. TRUEBA [101], p. 7, afirma que visitaron los poblados de Acoma y Zuñi; respecto a su presencia en este último, mantenemos ciertas reservas, pese a que CURTIS: *Danzantes...* [28], p. 128, también lo afirma.

115. Vid. Testimonio... *CoDoln América*, tomo XV, pp. 85, 86, 92 y 93, donde dice que los denominaron «los Llanos de San Francisco y Aguas Zarcas». En la Relación... del Nuevo México, p.149, se alude a los bisontes.

pueblo de Puaray, realizando diversos reconocimientos ¹¹⁶ que no pudieron completar por encontrarse ya en el mes de diciembre y haber comenzado las nevadas; en esa tesitura, decidieron regresar a México, si bien los frailes se quedaron en Puaray con los indios de servicio ¹¹⁷. En el viaje de vuelta descubrieron los soldados algunas minas y, tras pasar por Santa Bárbara, falleció Chamuscado cuando se dirigía a la capital para dar cuenta de su empresa ¹¹⁸. Los expedicionarios llegaron a la capital en mayo de 1582 y puesto que su informe fue favorable respecto al asentamiento en Nuevo México ¹¹⁹, debió estimular la política virreinal sobre la expansión en los territorios septentrionales.

B) La expedición de Espejo y fray Bernardino

La repentina llegada a Santa Bárbara de dos de los indios que se habían quedado con los franciscanos entre los tiwas, causó sorpresa; ellos explicaron que los naturales de Puaray habían matado a fray Francisco López, por lo que decidieron huir —tras avisar a fray Agustín— y manifestaron no saber la suerte que hubieran corrido los demás religiosos y sus auxiliares ¹²⁰. Cuando en México se supieron las noticias relativas a

116. En Testimonio... se alude a los valles de Camí y Asay, así como a varias salinas cercanas a una sierra, denominada Sierra Morena (¿los Montes Manzano?); en la Relación... del Nuevo México, se habla de una salina; vid. *CoDoIn América*, tomo XV, pp. 86, 93-94 y 149 respectivamente.

117. ZARATE SALMERON [99], p. 126, explica que «pareciéndoles a los soldados que los indios eran muchos y ellos pocos, determinaron de volverse como lo hicieron», quedándose allí los religiosos con los indios. MENDIETA [11], vol. CCLXI, libro 1V, cap. XI, p. 33, dice que los frailes se negaron a volver «viendo que los naturales de aquellas tierras los recibían amorosamente y los trataban con humanidad». TRUEBA [101], p. 7, expone que los franciscanos fundaron una misión en Puaray, estableciendo allí su residencia.

118. Vid. Testimonio... *CoDoIn América*, tomo XV, pp. 87, 94 y 95. TRUEBA [101], p. 7, expone erróneamente que Chamuscado falleció antes de llegar a Santa Bárbara.

119. En la Relación... del Nuevo México, *CoDoIn América*, tomo XV, pp. 146-150, firmada por Escalante y Barrado, se alude al posible aprovechamiento del territorio: «...además de las minas que tenemos descubiertas, buscarán y descubrirán otras muchas; porque la tierra es muy aparejada dellas; y de montes, pastos y aguas; es tierra que toca un poco en fría, aunque no demasiado; es el temple como el de Castilla; y en el no poblarse con brevedad aquellas ánimas que allí están corren mucho riesgo; y a la Real Corona de Su Magestad verná gran daño como es notorio». Esta relación es una copia, firmada en México a 26-X-1583, del documento original; el propio Gallegos escribió una relación de aquel viaje, que no aparece en la *CoDoIn*; la única versión bibliográfica de la que hemos tenido noticia es la edición de George HAMMOND y Agapito REY: *The Gallegos relation oí' the Rodríguez expedition to New Mexico, 1581-1582*. H.S.N.M. n.º 4, 1927.

120. Vid. la declaración de Hernando Barrado, en Testimonio... *CoDoIn América*, tomo XV, pp. 96 y 97. TRUEBA [101], pp. 7 y 8, expone que fray Francisco y fray Agustín fallecieron entonces a manos de los indios, señalando que fray Juan ya había sido muerto por ellos cuando volvió a México (p. 6). En la declaración de Espejo (Testimonio... p. 102) se alude también a la muerte de fray Juan. ZARATE SALMERON [99], pp. 127 y 128, dice que los frailes intentaban evangelizar a los indios tanos de Galisteo y acordaron enviar a México a fray Juan, para informar a sus preladados, «para que entrasen más religiosos a cultivar aquella viña», pero «los indios tiguas, del pueblo que ahora se llama San Pablo, lo mataron y quemaron sus huesos»; los dos frailes volvieron a Puaray donde un indio mató a fray Francisco y fray Agustín se trasladó al pueblo de

los franciscanos, Antonio de Espejo y fray Francisco Beltrán pensaron salir en busca de fray Agustín, y organizaron una expedición, cuyos preparativos fueron tan rápidos que no se consultó al virrey, autorizando la salida el Alcalde Mayor de Cuatro Ciénegas, Juan de Ontiveros ¹²¹.

En noviembre de 1582 salió la expedición de Espejo del valle de San Bartolomé, siguiendo la ruta hacia el río Conchos; figuraban en ella catorce soldados (Juan López de Ibarra, Bernardo de Luna, Diego Pérez de Luján, Gaspar de Luján, Francisco Barreto, Gregorio Hernández, Miguel Sánchez Valenciano, sus hijos Lázaro y Miguel, Alonso de Miranda, Pedro Hernández de Almansa, Juan Hernández, Cristóbal Sánchez y Juan de Frías) y algunos indios auxiliares ¹²². Al llegar a la zona de la Junta — en el lugar donde el Conchos vierte en el Grande— los expedicionarios fueron obsequiados por los nativos y remontando el Río Grande, dejaron atrás a los pazaguantes y jobosos, llegando al territorio de los jumanos ¹²³; allí se informaron sobre ciertos poblados situados hacia Poniente, en la orilla de un lago ¹²⁴, pero continuaron hacia el norte, accediendo al territorio de Nuevo México, a la altura de El Paso. Puesto que la ruta era similar a la que siguieron en su día fray Agustín y Chamuscado, debieron recorrer la «Jornada del Muerto» y atravesar el territorio de los piros, hasta llegar al corazón de los pueblos ¹²⁵, pasando de la zona más oriental de los queres a los poblados de los tiwas del sur, donde supieron la muerte de fray Francisco y fray Agustín ¹²⁶. Espejo consultó a sus hombres y tras dudar si convenía regresar, decidieron seguir hacia el noreste, pues los in-

Santiago, y allí «matáronlo también y echaron su cuerpo en el río que iba de crecida». En cambio, sin citar fuentes, CURTIS: *Imploración...* [37], p. 28, expone que los franciscanos «fueron asesinados incluso antes de partir la escolta».

121. Vid. ZARATE SALMERON [99], p. 129; TRUEBA [101], p. 8 y MENDIETA [11], vol. CCLXI, libro IV, cap. XI, p. 33. DI PESO [3], p. 170, cita erróneamente a un fray Pedro de Heredia, en lugar de fray Bernardino Beltrán. También la Relación del viaje de Espejo al Nuevo México, *CoDoIn América*, tomo XV, pp. 102 y 103.

122. Vid. TRUEBA [101], p. 8; MENDIETA [11], vol. CCLXI, libro IV, cap. XI, p. 33 y la Relación del viaje de Espejo, *CoDoIn América*, tomo XV, p. 103, donde viene la lista de los participantes.

123. Los españoles los llamaron también patarabueyes. Vid. la Relación de Espejo, *CoDoIn América*, tomo XV, pp. 105-107; también TRUEBA [101], p. 9.

124. Vid. la Relación de Espejo, *CoDoIn América*, tomo XV, pp. 108 y 109, y DI PESO [3], p. 170, quien menciona las lagunas de Guzmán y Santa María como posibles lugares de ubicación.

125. En la Relación de Espejo, *CoDoIn América*, tomo XV, p. 109, se dice que recorrieron quince jornadas el río arriba, por mesquiales, tunales, montañas de pinales, sabinos y cedros, llevando «una sierra de la una parte del río y otra de la otra, las cuales están sin arboledas en todo el camino, hasta que llegamos cerca de las poblaciones que llaman del Nuevo México, aunque por las riberas del río hay gran cantidad de alamedas». La disposición de los poblados indígenas y las casas, con sus kivas, así como los vestidos y tocados de los nativos, llamaron la atención de Espejo (vid. pp. 110 y 111).

126. *Ibidem*, p. 112, donde dice que en «la provincia de los Tiguas, que son diez y seis pueblos, que el uno dellos se llama Pualas, que es adonde hallamos haber muerto los indios de esta provincia a Fray Francisco López y a Fray Agustín Ruíz». CURTIS: *Imploración...* [37], p. 28, alega que en Puaray huyeron los indios, temiendo ser castigados por la muerte de los frailes.

dios manifestaron que había más poblaciones en esa dirección. El capitán fue de avanzada —con dos hombres— al territorio que llamó provincia «de los Maguas» (el pueblo tiwa de San Pablo según Zárate Salmerón), donde tuvo noticia del trágico fin de fray Juan, y de vuelta, decidió reconocer con todos sus hombres «otra provincia que se llama los Quires», con sus cinco pueblos (suponemos que la zona que está entre San Felipe y Cochiti) y hacia poniente las de «los Pumames», con otros tantos pueblos, el principal Siay (Chía o Zía) y «los Emexes» (Jémez), todas muy pobladas, avanzando hasta Acoma, cuyo aspecto impresionó a los expedicionarios¹²⁷. Siguiendo en dirección oeste llegaron al territorio zuñi, donde encontraron a tres indios mexicanos, de los que años atrás llevó allí Coronado, y se informaron acerca de una laguna —situada más hacia poniente— que, supuestamente tenía ricos poblados en sus riberas¹²⁸; es probable que los zuñis aludieran a lo que en su día fue el rico enclave de Totonteac, que en la época de Coronado ya había decaído notablemente, pero la tradición sobre sus fabulosas riquezas debió de mantenerse durante mucho tiempo. Espejo y algunos soldados deseaban ir a la laguna y ver si podían encontrar algo aprovechable, sin embargo, fray Bernardino y otros decidieron volver a Nueva Vizcaya, considerando que era inútil buscar riquezas allí donde Coronado y los suyos no habían conseguido nada.

Reforzado con algunos auxiliares indios, el grupo de Espejo llegó al territorio de los hopi, a un lugar que llamaron provincia de «Mohoce»; en el pueblo de Aguato (Awatobi) supo Espejo de otros poblados grandes¹²⁹ y fueron obsequiados con mantas de algodón, además, los indios espolvoreaban harina de maíz a su paso, que simbólicamente reflejaba un sendero marcado para los espíritus. A continuación, unos pocos hombres reconocieron la región montañosa situada al oeste —la zona norte del Desierto Pintado—, encontrando minas con escasas vetas, pero ricas en plata, en una tierra con montes y ríos, en cuyas riberas había nogales, lino, jarales y magueyes; los indios de allí les hicieron entender por señas que al otro lado de las montañas discurría un gran río¹³⁰. Al re-

127. Según Espejo, Relación... *CoDoln América*, tomo XV, p. 116, un pueblo «sentado sobre una peña alta, que tiene más de cincuenta estados en alto, y en la propia peña, tiene hecha una escalera por donde suben y baxan al pueblo, que es cosa muy fuerte, y tienen cisternas de agua, arriba, y muchos bastimentos enseriados dentro del pueblo».

128. Vid. TRUEBA [101], p. 9 y la Relación de Espejo, *CoDoln América*, tomo XV, pp. 117 y 118, «y nos dijeron había en aquella tierra, oro, y que era gente vestida, que traían brazaletes y oregeras de oro... y que la gente del dicho Coronado... se habían vuelto, por no haber hallado agua». Vid. nota 47.

129. Allí señaló que había cinco grandes pueblos «Mohoce»; vid. Edward S. CURTIS: *La danza de las serpientes*, vol. n.º 12 de *El indio norteamericano*, Barcelona, 1995, p. 24. Posteriormente, los españoles llamaron al territorio y a los indios Moqui(s). Vid. la Relación de Espejo, *CoDoln América*, tomo XV, pp. 119 y 120.

130. Vid. la Relación de Espejo, *CoDoln América*, tomo XV, pp. 120 y 121.

gresar a Hawikuh, Espejo y los suyos coincidieron con fray Bernardino y los demás, que aún no habían partido hacia México, si bien pronto lo hicieron. Entonces decidió Espejo volver al este, hacia el Río Grande, remontándolo y desviándose a Levante, hasta llegar a la provincia de los Ubates (?); desde allí se dirigieron al territorio de los tanos, donde no fueron bien recibidos, y como estaban escasos de bastimentos y algunos hombres habían enfermado, Espejo decidió a comienzos de julio emprender el regreso, sirviéndose como guía de un indio de la zona de Cicuique, para volver por otro camino. Presumiblemente siguieron el curso del río Pecos —al que nombraron de las Vacas, por la cantidad de bisontes que vieron— y girando al suroeste, cruzaron el Conchos, donde encontraron muchos indios jumanos y llegaron al valle de San Bartolomé (en septiembre de 1583, diez meses después de haber salido), donde supieron que fray Bernardino y los otros se habían trasladado a la villa de Guadiana ¹³¹

C) Las vanas tentativas anteriores a la expedición de Oñate

Rápidamente se difundieron en la Nueva España las noticias del viaje de Espejo y fray Bernardino a Nuevo México. Las perspectivas respecto a un posible asentamiento eran alentadoras, pues se decía que los naturales de allí estaban dispuestos a recibir pobladores, el clima era bueno, había fértiles tierras, ricos yacimientos mineros y un amplio campo de evangelización ¹³²; por ello, es comprensible que diversos particulares se ofrecieran para emprender la conquista del territorio, destacando el propio Espejo, un acaudalado vecino de la capital llamado Cristóbal Martín, y el Alguacil Mayor y Regidor de la ciudad de Puebla, Francisco Díaz de Vargas ¹³³; sin embargo, debió primar el criterio racionalista ante los escasos resultados obtenidos, pues todas las peticiones fueron desestimadas y

131. *Ibidem*, pp. 122-124. MENDIETA [11], p. 33, afirma erróneamente que regresaron en julio, y que fray Bernardino Beltrán volvió a la custodia de Zacatecas (p. 265). El propio Espejo (p. 126) señala al final de su relación, firmada en Santa Bárbara en el mes de octubre, que llegaron al valle de San Bartolomé el 20 de septiembre.

132. TRUEBA [101], p. 10, resalta esa situación. VILLAGRA [37], pp. 118 y 119, comenta la predisposición favorable, alegando que Espejo volvió de aquella tierra «diziendo maravillas, loándola de muchas poblaciones y minas caudalosas de metales, y gente buena toda y que tenía bezotes, brazaletes y oregeras, de aquel rubio metal, dulce goloso, tras que todos andamos desballidos». El balance de Espejo en su relación, *CoDoin América*, tomo XV, pp. 124-126, es igualmente significativo: «había grandes poblaciones y tierras muy fértiles y minas de plata y noticia de oro... todas aquellas provincias son de gente crecida... de buen entendimiento y pulicia; hay con buena traza de pueblos y plazas y casas concertadas... mucha caza de pié y vuelo, conejos y liebres, venados y vacas... y patos y ansares y grullas y faisanes... buenas montañas de todo género de arboledas, salinas y ríos con mucha diversidad de pescados... y hay pastos muy buenos para los ganados».

133. Vid. la petición de Espejo, fechada en San Salvador (Nueva España) a 23-IV-1584, en el Expediente sobre el ofrecimiento... y otra de Vargas, en Testimonio... *CoDoin América*, tomo XV, pp. 189-191 y 126-137 respectivamente.

durante seis años hubo un paréntesis en las actividades expansivas hacia el norte.

Pero la sugestión por las lejanas tierras ya había prendido en la gente de tal forma que, en 1590, Gaspar Castaño de Sosa (antiguo Alcalde Mayor de San Luis Potosí y a la sazón Teniente de Gobernador en Nuevo León) decidió organizar por su cuenta una expedición de asentamiento en Nuevo México; a finales de julio salió de la villa de Almadén, con un grupo de 170 colonos y cruzando el Río Bravo (Grande), atravesó la franja de Texas hasta el Salado —el Pecos al que Espejo llamara de las Vacas—, cuyo curso remontó; posteriormente, durante el invierno reconoció buena parte de las tierras visitadas por Coronado, dejando durante el mes de enero a las mujeres y los niños en un campamento al que denominaron Urraca ¹³⁴; en poco más de treinta días recorrió muchos poblados de la zona del Río Grande ¹³⁵ y, recogiendo a los colonos, continuó explorando el territorio hasta el mes de marzo, en que tuvo noticias de la próxima llegada de un grupo de españoles que lo buscaba; se trataba de los hombres del capitán Juan Morlete, quien tenía orden del virrey Velasco de prenderlo. Ante esa tesitura, Castaño decidió someterse sin oponer resistencia ¹³⁶.

El último intento —también ilegal— de asentamiento en el Nuevo México, anterior a la definitiva empresa de colonización de Juan de Oñate, fue el de Francisco Leiva de Bonilla y Juan de Humaña. Su aventura comenzó cuando el capitán Leiva —que había recibido el encargo del Gobernador de Nueva Vizcaya, Diego de Velasco, de dirigir una expedición de castigo contra salteadores indio— decidió extender el campo de acción de sus operaciones hasta el territorio de Nuevo México; como consecuencia de ello, varios soldados abandonaron la hueste, negándose a actuar ilegalmente ¹³⁷; sin embargo Leiva, con el resto de los expedicionarios, atravesó las llanuras cuajadas de bisontes, en busca de Quivira. En algún lugar del trayecto Humaña discutió con el capitán y lo mató; por añadidura, el cambio de mando no aportó nada positivo y la empresa ter-

134. Vid. la Memoria del descubrimiento que Castaño hizo en el Nuevo México, *CoDoln América*, tomo XV, pp. 191-261 (esp. 249 y 250), y TRUEBA [101], p. 12.

135. CURTIS: *Imploración...* [37], p. 28, refuta a Bandelier, opinando que no está comprobado que se acercara al área meridional de los tiwas y afirmando que, al volver hacia el sur a través del territorio tewa, visitó cuatro poblados queres, luego tres más que denominó San Marcos, San Lucas y San Cristóbal, al sureste de Santa Fe y «al año siguiente» (no al comenzar 1592 como cree, sino 1591) partió en dirección este, hacia su campamento a orillas del Pecos.

136. Vid. la Memoria del descubrimiento de Castaño, *CoDoln América*, tomo XV, pp. 259-261 y TRUEBA [101], p. 12; también VILLAGRA [37], p. 120; en nota a pié de página dice Junquera que Morlete persiguió a Castaño hasta Taos, donde lo hizo prisionero; no especifica si piensa que sólo siguió su rastro o bien el segundo huyó deliberadamente del primero.

137. Vid. VILLAGRA [37], pp. 120 y 121.

minó de forma trágica, pues aprovechando una acampada, un grupo de indios atacó a los españoles, salvándose solamente un tal Alonso Sánchez y una joven mulata ¹³⁸. En lo tocante a descubrimientos y planes de asentamiento, esa era la infructuosa herencia que recibía Oñate antes de acometer su proyecto.

138. Vid. TRUEBA [101], p. 13. Respecto a éstas últimas empresas españolas en Nuevo México, véase la obra de George HAMMOND y Agapito REY: *The rediscovery of New Mexico, 1580-1594: The explorations of Chamuscado, Espejo, Castaño de Sosa, Morlete and Leyva de Bonilla and Humañana (sic)*. Alburquerque. 1966.